



EGIPTO —Lago de Fayum. (Pág. 64).

SIRIA.

Extracto de una carta del P. Donato de Guardiagrele, prefecto de los Padres Capuchinos.

ANTES de dirigirme á Antioquía, confieso que tenía de ella una idea muy poco favorable; mas una permanencia de cinco meses me ha dado á conocer la importancia de esta ciudad, no sólo á causa de sus recuerdos sagrados y profanos, sí que también porque ofrece al misionero católico un vastísimo campo que cultivar. Si nuestra santa religion ha hecho en esas comarcas pocos progresos, débese primero á la falta de operarios evangélicos, y luego á su pobreza, y á las contrariedades y persecuciones que han sufrido. Después de tantos siglos de abandono, apenas hace treinta años que fué fundada esta Mision por el llorado hermano P. Basilio de Hovava. Este heroico religioso, víctima de su celo, murió cruelmente asesinado el 4 de mayo de 1851 por los musulmanes, á instigacion de un hereje influyente. Los misioneros que sucedieron á este glorioso mártir fueron herederos de sus trabajos: blanco de todas las contradicciones, contrariados en el ejercicio de su ministerio, mal vistos por las autoridades locales á causa de los herejes y sobre todo de los turcos, calumniados y maltratados por otros á quienes la caridad me prohibe nombrar, poca cosa podian hacer, obligados como estaban á luchar y defenderse para no dejar sin sacerdote los contados católicos de la ciudad y los que llegan de Europa para establecerse en ella. Sin embargo, á todos alentaba la esperanza de que esta parte de la viña del Señor, fecun-

dada con la sangre del fundador de la Mision, producirá abundantes frutos cuando suene para ella la hora de la misericordia.

Mas ¡ay! sobre esta ciudad infortunada parece pesa de un modo terrible la justicia divina. ¿Dónde están, en efecto, sus numerosas y bellísimas iglesias; dónde los palacios de mármol de sus reyes, de sus emperadores y príncipes, y los venerables y sagrados sepulcros de los mártires?... Los terremotos, el fuego, la espada de los bárbaros, la cimitarra de los musulmanes, todo junto lo han completamente destruido, arrasándolo al nivel del suelo; y de esta populosa ciudad, la tercera del antiguo romano Imperio, sólo quedan montones de piedras y cenizas, una gruta conocida con el nombre de oratorio de san Pedro, la columna de una puerta, llamada de san Pablo, algunas torres y pocos metros de esa muralla gigantesca que la hacian tan temible...

La ciudad actual, con una poblacion de 20,000 habitantes, está edificada sobre las ruinas de la antigua, pero de un modo irregular; las calles son tortuosas, estrechas, sucias; las casas generalmente feas y pobres; el suelo fertilísimo, pero la agricultura descuidada; el rio Oronte, que corre á lo largo de los muros de la ciudad, abunda en anguilas, de que los indígenas hacen gran comercio. Sea el que fuere el porvenir de la ciudad actual, Antioquía conservará siempre su importancia religiosa. Sus ruinas están consagradas por los más venerados recuerdos. La infalible cátedra de verdad fundada por san Pedro en el principio del Cristianismo; el glorioso nombre de cristiano dado aquí por vez primera á los que siguen el Redentor; las fatigas apostólicas

28 Febrero 1883.

Año IV.—N.º 76.

de san Pablo, san Bernabé y los otros discípulos; la elocuencia de san Juan Crisóstomo; el suplicio de los Macabeos; las actas heroicas de tantos mártires; los hechos maravillosos que recuerdan las Cruzadas, todo narra la gloria de Antioquía, todo nos exhorta á hacer algunos esfuerzos y sacrificios para reanimar la vida cristiana en esta ciudad desolada. La metrópoli de la Siria, en otro tiempo tan rica en iglesias, no cuenta ahora ¡oh dolor! ni un solo templo católico. El que ahora hemos empezado, el primero que se haya intentado construir de muchos siglos acá, está adelantado y ya cubierto, pero queda todavía mucho que hacer, y no podrá terminarse sin un generoso auxilio.

Durante mi larga permanencia en Antioquía, hice una excursion á Snedia, la antigua Seleucia, donde queria informarme de la cifra de la poblacion cristiana separada de la Iglesia católica. Esta comarca es pintoresca y fértil, y la riega el Oronte, que al abandonar los muros de Antioquía, corre en el valle y se echa por una pendiente suave en el Mediterráneo, cerca del monte Cassio, que se levanta majestuoso y sublime como una pirámide gigantesca. El Oronte, atendida la abundancia de sus aguas, pudiera fácilmente, como en tiempo de los romanos, hacerse navegable, lo que facilitaria mucho el comercio, principalmente la exportacion de granos, cebada, aceite, legumbres diversas y frutos de toda suerte de que abunda el país.

Desde la embocadura del Oronte hasta el pequeño Porto, no se encuentra sino arena: más allá de Seleucia se desarrolla una llanura de poco menos de dos leguas, ofreciendo la figura de un semicírculo ó semianfiteatro coronado de colinas; despues hay montecillos y á los lados elevados montes, ora peñascosos y áridos, ora salpicados de arbustos, mirtos y otras plantas silvestres. En general, el suelo es fértil y rico en cereales y legumbres, y recrea la vista de las alturas cubiertas de viñas, olivos, naranjos y otros árboles frutales. Gran número de aldeas hacen el país bastante populoso: en algunas sólo hay armenios cismáticos, y en otros armenios y turcos: aquí los griegos componen un tercer elemento; allá entre los musulmanes viven Fellahs ó Ansariehs, pueblo laborioso, generalmente dedicado á la agricultura. Estos Fellahs, segun se dice, fueron en otro tiempo cristianos, habiendo quedado sin sacerdotes á consecuencia de las persecuciones de los musulmanes, algunos de sus ancianos continuaron las sagradas ceremonias, pero con el mayor secreto por temor á los turcos, de modo que nada trasluciesen los profanos de lo que hacian en sus asambleas. Que esto sea enteramente exacto no puedo afirmarlo; lo que hay de cierto es que guardan escrupulosamente el inviolable y misterioso secreto de su religion. Fingen celebrar el ayuno de Ramazan y las festividades turcas; pero en realidad se burlan de ellas y nunca entran en una mezquita. Tienen lugares distintos para orar y sepultar sus muertos que acompañan á su última morada con un ceremonial particular: en ciertos dias del año el pueblo, triste y silencioso, se dirige procesionalmente á depositar rami-lletes y ramos de mirto sobre los sepulcros. Fuí testigo de este espectáculo, y puedo aseguráros que es conmovedor. En vano los incrédulos niegan la inmortalidad del alma, pues esta creencia está arraigada en el corazon de todos los pueblos, aún los más ignorantes.

El tipo del Fellah tiene algo de majestuoso y simpático: de carácter pacífico y serio, está dotado de una

actividad que le hace agradable. Se mezcla más con los cristianos que con los turcos, porque conserva contra estos últimos inveterados odios. Numerosos en Antioquía y pueblos inmediatos, los Fellahs conservan el equilibrio entre musulmanes y cristianos. Los musulmanes saben bien que, si se atreviesen á amotinarse contra estos últimos, aquellos tomarian su defensa. En Snedia tuve el gusto de ver la casa de su jeque, que el año último fué preso y conducido á Alepo con buena escolta. Rico y de grande influencia, era amado, obedecido y respetado de los suyos como príncipe y jefe de su religion. Sea que realmente hubiese manifestado la idea de hacerse independiente de Constantinopla, sea que así lo supusieran las autoridades turcas, el hecho es que lo desterraron de Snedia, y despues de retenerle algunos meses en Alepo, dícese que fué deportado cerca de la Meca: otros pretenden que le dieron orden de presentarse en Constantinopla y que murió por el camino.

Apenas tuvo lugar esta prision, temióse un movimiento general de los Fellahs, y que se levantaran en armas reclamando á su jefe: pero nada hicieron y mantuviéronse tranquilos. Quizá confiaron en la inocencia de su jeque y en la justicia de los gobernantes, ó contaban tal vez en promesas engañosas, y más que todo esto en la considerable suma que los jefes de los pueblos recogian y enviaban á Alepo. El oro no produjo esta vez el efecto ordinario y deseado, y aquellas gentes, viendo que no eran atendidos por los hombres, elevaron fervientes súplicas á Dios y á sus Santos. Así, durante mi permanencia en Snedia, ví cierta mañana una larga procesion de hombres y mujeres, y habiendo preguntado de dónde venian, me contestaron:

—Son Fellahs, que han visitado un santuario muy venerado, cerca de la antigua puerta de Seleucia.

El 31 de noviembre, día que partí de Antioquía para volver á Berito, encontré á dos horas de la ciudad otra peregrinacion, pero mucho más numerosa. Hombres y mujeres iban con vestido de fiesta, la mayor parte á pie, precedidos de algunos jinetes y guias de la caravana. Regresaban gozosos y alegres á sus pueblos, despues de haber visitado un santuario á dos horas de Antioquía, por la parte Nordeste, y llamado en árabe *Arbain*, esto es, «cuarenta;» es una antigua iglesia dedicada á los cuarenta mártires, al que acuden en peregrinacion los cristianos de diversos países de Asia. En esta magnífica llanura ó valle que cruza el Oronte, donde en tiempo de las Cruzadas se libraron sangrientas batallas entre los discípulos de la cruz y los sectarios de la media luna, ofrecia un espectáculo conmovedor y edificante ver multitud de gentes pacíficas y sencillas que para obtener la libertad de su jefe, imploraban á Dios y la intercesion de los Santos. De consiguiente creen que las almas virtuosas oyen sus súplicas y tienen poder para atenderlas. Sin tal confianza, semejantes peregrinaciones serian enteramente inexplicables.

¡Ah! si la luz evangélica iluminase á estos hombres, y viniesen á formar parte de la grey del divino pastor Jesucristo, ¡de cuántas virtudes cristianas darian ejemplo, puesto que son tan laboriosos, pacíficos é inclinados á recurrir á Dios en sus necesidades! Ciertamente que su tenacidad en sus creencias y el misterioso secreto con que las envuelven son un grave obstáculo para el apostolado. Mas, si se pudiese abrir escuelas católicas en sus principales pueblos, y se estableciesen misioneros entre

ellos, con el tiempo y el auxilio de lo alto me parece que podría esperarse gran número de conversiones, tanto más cuanto en otra época fueron cristianos y practican aún secretamente muchas ceremonias de nuestra santa religión.

El principal objeto de mi visita á Snedia era examinar si convenia abrir allí un hospicio y luego algunas escuelas. Lo referido muestra claramente la necesidad de establecer en esos países abandonados una estación católica; y por otra parte encuéntranse numerosos griegos y armenios, estos últimos bien dispuestos á abrazar la verdadera doctrina. Empero, para fundar nuevos hospicios se necesitan recursos y misioneros, que hoy por desdicha nos faltan absolutamente. Sin embargo, no me desaliento, y confiando en la divina Providencia espero extender nuestra Misión hasta las colosales ruinas de Seleucia, donde los protestantes tienen ya escuelas y un establecimiento de artes y oficios.

Ya sé que nosotros, pobres frailes Menores Capuchinos, no podremos hacerles gran concurrencia, puesto que ellos disponen de sumas considerabilísimas y que el arte de enseñar y propagar el error es mucho más fácil que el de refutarlo y hacer aprender la verdad; pero si no conseguimos hacer mucho bien, procuraremos por lo menos poner un freno al mal y abrir fácil camino á los hombres de corazón y de buena voluntad.

Oremos, pues, al Señor, para que se digne infundir la luz á esos infelices pueblos, cansados de estar de asiento en la nociva sombra del error. Que la autorizada voz del sapientísimo Pontífice Leon XIII repita á esas poblaciones enfermas de espíritu la palabra del divino Maestro al paralítico del Evangelio: «Levántate y anda.»

EGIPTO.

Carta del P. Gallen, de las Misiones africanas de Lyon.

MUCHO tiempo hacía que deseaba yo visitar Fayum, provincia aislada en medio de los arenales de la Libia y notable por sus minas y su lago, Birkel-el-Garun. Proporcionándome las vacaciones de Pascua un asueto de ocho días, resolví aprovecharlo. Uno de los profesores de árabe, sacerdote maronita del Líbano, quiso acompañarme. Partimos, pues, de Tantah en la noche del lunes de Pascua: el viento del desierto ó *rhamsin* sopla con fuerza, llenando el aire de un polvo impalpable que cubría el cielo y daba á los objetos un tinte amarillento, que predisponía al viajero á la tristeza y melancolía. Aunque sólo estábamos á primeros de abril, el termómetro centígrado marcaba 32° á la sombra. Era el principio de esas tempestades de vientos cálidos con que el Sahara azota de vez en cuando el país egipcio durante la primavera.

A pesar de la poesía de un viaje en camello á través los arenales del desierto, fuimos bastante prosaicos para preferir la comodidad y sobre todo la rapidez del ferrocarril, establecido hace ya algunos años entre el Cairo y Syud, con ramal á Medinet y Fayum. El tren partió á la una de la estación de Bulac-Dakrur al Cairo, y en breve divisamos la punta de las grandes pirámides, en medio de las nubes de polvo que se arremolinaban en su base. Atravesamos gran número de bosques de palmeras, que dan á esta parte del Egipto una fisonomía

muy distinta de la del Delta. Las pirámides del Sakarra se ocultan á nuestra vista, lo mismo que todas las que se escalonan en las fronteras del desierto hasta la entrada de Fayum. Solamente vimos la que los árabes llaman falsa pirámide, porque sus cuatro caras se inclinan hácia la cúspide á partir de los dos tercios de su altura, en vez de seguir la línea recta, como la mayor parte de los monumentos de este género.

El Nilo se acerca cada vez más á la vía, pero está siempre harto distante para que el viajero pueda contemplarlo á su sabor. La línea que conduce de la estación de Wasta al Fayum rodea á larga distancia la última pirámide ó mejor una especie de monumento con pisos que recuerda los dibujos que en ciertas Biblias ilustradas representan la torre de Babel. A poco se pierden de vista estos restos de los tiempos pasados, que, semejantes á la antigua Esfinge, ofrecen más de un enigma á quien los visita. En este momento se sale de la llanura del Nilo para entrar en el desierto. Este, de 30 kilómetros de ancho, es una planicie enteramente árida, cuyo suelo se compone de cascajo menudo y arena. Nada distrae la vista en las inmensas ondulaciones de esta llanura gris, excepto algún pedazo de roca medio enrojecido y disgregado por el viento. Antes de penetrar en la parte fértil del oasis, el ferrocarril cruza un ancho y profundo cauce cuyos bordes, cortados á pico, parece haber contenido en otro tiempo un gran río. Un modesto riachuelo surca actualmente el fondo de este cauce y sustenta algunos arbustos, primer verdor que se encuentra en estos paisajes de piedra y arena.

Poco se tarda en ver palmeras en el horizonte, la tierra se cubre poco á poco de trébol, mieses é higueras cultivados en campos como el algodón: por todas partes serpentean riachuelos, llevando consigo el movimiento y la fecundidad. La atmósfera, de abrasadora que era momentos antes, se trueca de súbito en fresca y vivificante. En vez de ese cielo plomizo oscurecido por el polvo, aparece un azul vaporoso en el que se destacan los alminares de Medinet, dorados por los últimos rayos de sol poniente. Cualquiera creería que penetra en un mundo nuevo. El tren se para, y penetramos en la capital del Fayum. Mas ¡ay! la ciudad encantada que acabamos de percibir en la magia de un cielo de Oriente, ha desaparecido como por encanto y pierde todos sus hechizos. Las casas y terrados y cimborios son de lodo ó vil ladrillo, los alminares están arruinados, y decrepitas las mezquitas. Nos encontramos simplemente en un pueblo egipcio.

Una fonda griega nos da hospitalidad enteramente á la europea. Nada falta allí: ni los billares, ni los mozos que servilleta al brazo pregonan con toda la fuerza de sus pulmones los platos pedidos: «¡Puchero! ¡chuletas! ¡bifteks! ¡burdeos! ¡café á la turca!» Decididamente tenemos que felicitarnos de la *Locanda Guedida* (Fonda Nueva) dirigida por el *Kyrie Dimitrie*. A más del buen servicio á precio cómodo, Dimitri nos da todos los informes apetecidos acerca el Fayum y el modo de viajar en él. Esos griegos pululan en cada punto del Egipto: activos y sobrios, inteligentes y emprendedores, hacen fortuna en todas partes.

Al día siguiente, repuestos de las fatigas del viaje, empezamos nuestra exploración, visitando la capilla de los Padres Recoletos del Cairo, que han abierto una escuela en Medinet, y la de los coptos cismáticos. Estos, muy numerosos en todo el oasis, tienen iglesias en los

principales pueblos. En la calle encontramos un sacerdote copto que, accediendo á nuestras súplicas, se apresuró á conducirnos á la capilla. Seguimosle por una calle angosta, á cuyo extremo llamó en una enorme puerta. Al nombre de Ibrahim abrió un viejo criado, y entramos en un pequeño patio interior, que cubren por mitad construcciones sostenidas por una columna de mármol gris. Muchos coptos en cuclillas contaban moneda menuda. Nos hicieron sentar en los bancos de tierra que rodean el patio, y aguardamos pacientemente la llave de la iglesia, que fueron á buscarla á casa del sacerdote.

Para quien no ha visto una llave árabe, el instrumento gratificado con este nombre es todo un misterio. Figuraos un cacho de madera de cuatro caras y de 25 á 30 centímetros de largo, ligeramente encorvado, y teniendo en uno de sus extremos tres, cinco ó seis clavijas llamadas dientes. Para abrir una puerta se introduce este instrumento en el mismo pestillo, que consiste asimismo en un cacho de hierro pasando por el centro de una placa cuadrada figurando el cuerpo de la cerradura y en la cual es sostenido por dos puntas. Estas corresponden exactamente á los dientes de la llave, y además son movibles, de suerte que cuando se introduce la llave en el pestillo, los dientes rechazan las puntas; el pestillo, quedando libre, se retira por medio de los dientes de la llave que reemplazan á las puntas, y puede abrirse la puerta.

A la llave de la iglesia, que tardó más de veinte minutos en llegar, le faltaban dos dientes, y por lo tanto era imposible utilizarla. Todos los coptos presentes, comprendidos el sacerdote y un carpintero, reunieron sus esfuerzos y su saber, y al cabo de diez minutos de espera, completada la llave, nos abrió la puerta de la iglesia. El buen sacerdote al introducirnos, nos recomendó que tuviésemos cuidado con las... ¡pulgas!

—Pues como los fieles no han entrado aquí hace días, añadió, estos insectos están hambrientos!

Y él mismo, dándonos el ejemplo, levantóse el vestido, golpeándose de vez en cuando los jarretes para sacudirse el ejército invasor é importuno.

Nada de notable ofrece esta capilla, sino el destrozo y la suciedad. Nuestro guía nos hizo saber asimismo que los coptos de Medinet habían abierto una escuela hacia algunos meses, «porque entre los Padres latinos los niños sólo aprendían la Religión, lo que no basta hoy día.» El verdadero motivo es porque temen que los niños reconozcan la verdad estudiando el catecismo católico, pues me consta que los Padres tienen profesores de italiano, francés y árabe, que son las lenguas más extendidas en el país.

—Nuestra escuela es floreciente, añadió. Contamos 150 discípulos, y entre ellos los hijos de los principales personajes musulmanes de Fayum.

En esto nos despedimos de él, y proseguimos nuestra excursión en Medinet. Esta ciudad nos pareció bastante grande, si bien no creo que su población ascienda á 70,000, como se supone aquí. En el oasis hay otros cinco ó seis centros muy poblados, y en primer lugar Senurés, donde hace veinte años existe una iglesia protestante, establecida por un ministro americano.

El mismo día visitamos las ruinas de la ciudad antigua Crocodilópolis. Montones de tierra y verdaderas colinas de ladrillos y de vajilla rota atestiguan que esta ciudad fué en otro tiempo muy floreciente. Estos ladri-

llos, tras muchos siglos de enterrados, han servido para edificar Medinet y se aprovechan aún todos los días en las nuevas construcciones. Los musulmanes han establecido allí su cementerio. Mehemet-Alí instaló también una salitrería, que está ahora abandonada. ¡Tumbas sobre tumbas, y ruinas sobre ruinas!

En las comarcas egipcias todo lo debido á la mano del hombre es sombrío y tosco, y la naturaleza, al contrario, está llena de vida y de color. En aquel punto especialmente, de lo alto de las colinas de escombros rodeadas de palmeras en flor, de trigo sazonado y de verde trébol, era más notable el contraste.

Por la tarde Dimitri hizo venir un muletero á fin de combinar con nosotros la expedición al lago ó mejor al Birket-el-Quarun (el lago de los Cuernos). Tengo entendido que le llaman así porque los dos extremos se extienden en forma de puntas. Durante mucho tiempo se creyó que era el lago Mœris; pero ahora está demostrado que este último, actualmente seco, se encuentra entre el oasis y el Nilo, en una parte del desierto que no tuvimos tiempo de visitar.

El jueves á las cinco de la mañana los muleteros, fieles á la cita, nos gritaban ya desde la calle:

—*¡La rhauaga!* ¡Oh caballero! es preciso partir para aprovechar el fresco.

El tiempo, en efecto, estaba espléndido: á cada lado del camino campos bien cultivados; á trechos bosques de palmeras, alminares de pueblos, tórtolas revoloteando de uno á otro árbol; en los trigos el canto de las alondras y codornices, y sobre todo ese aire puro y ese cielo azul de una mañana de primavera, enajenaba el alma de contento y dicha.

A poco rato abandonamos los senderos de los pueblos para internarnos en un desierto en miniatura, con las inevitables tiendas de beduinos, la esterilidad y las malezas. El beduino parece nacido para el desierto que forma por así decirlo su elemento. Dadle en el pueblo un campo para cultivar y una cabaña para su familia, y preferirá infaliblemente ese arenal seco y árido, esas malezas espinosas y esa miserable tienda. Allí es señor absoluto; nadie le disputa las macilentas hierbas que nutren á sus cabras: son suyas, enteramente suyas y de su caballo esas llanuras solitarias en las que ambos van errando en completa libertad.

Al salir de los arenales divisamos el pueblo de Abura, y tras la cortina de palmeras que le rodean, la azulada sábana del Birket. Desde este punto relativamente elevado se descubre una grande extensión del lago que se pierde al Norte y al Sur en los dos extremos del horizonte. (V. el grabado de la pág. 61).

Colinas de arena de cresta continua y regular van descendiendo hasta el lago y forman un fondo de paisaje que, por su matiz blanco ó amarillo ardiente, resalta vivamente entre el cielo y el agua. Es un cuadro á grandes rasgos, de anchas tintas sin accidente notable y sin relieve.

Desde Abura, construido sobre hacinados escombros, bájase al Birket por un llano de suave pendiente y bien cultivado, pero casi enteramente desnudo de árboles. Al cabo de una hora de marcha, nos detuvo súbitamente un pantano cubierto de cañas y tamariscos. Era ni más ni menos que la orilla del lago, que la espesura de arbustos y juncos nos ocultaba por completo. Mas imposible gozar de la vista de las aguas, pues no había el más insignificante otero donde subir, ni siquiera un ár-

bol á que pudiésemos encaramarnos. Algunos pescadores beduinos que aguardaban el regreso de sus barcas, nos brindaron á hacer una excursion en su compañía, y nos arriesgámos á ello. Luego llegó una embarcacion, pero la poca profundidad del agua le obligó á detenerse á 300 metros de la orilla. *Maleche!* ¡Poco importa! nos dice el jefe de pesca, y hace señal á dos de sus hombres, que nos toman en hombros y medio tambaleando en las aguas, en pocos momentos nos dejan embarcados. Cinco ó seis pescadores, comprendido el jefe, nos siguieron, y la barca se adelantó fuera de los tamariscos. El agua, que tan azul nos pareció desde las alturas de Abura, era amarilla y turbia; la probé y encontréla salobre. La pesca es abundante, y los beduinos llevaron su amabilidad hasta tender las redes en nuestro obsequio. Su método es sumamente sencillo. Despliegan la red entre los arbustos; dos ó tres hombres golpean el agua con un palo, y los peces asustados se meten en las mallas. En un momento cogieron así cuatro magníficos peces. El plomo de las redes consiste en cachos de ladrillo ensartados en la cuerda inferior: los corchos son trozos puntiagudos de hojas de palmera, que se sujeta á la red en el momento de arrojarla al agua. Las barcas son todo lo feas posible, y los remos, apenas desbastados, los manejan trabajosamente dos ó tres hombres.

Hecha la expedicion, nos volvieron á tierra del mismo modo que para el embarco, y momentos más tarde nuestras cabalgaduras nos restituian á Medinet.

Mas si por la mañana nos parecieron cortas las cuatro horas de camino, no fue así á la tarde. El sol lanzaba sobre nosotros sus rayos enteramente africanos, sin que templase su ardor el más ligero soplo de aire, y los jumentos se hacian de rogar para ir adelante: todo era el reverso de la medalla. Por fin terminámos nuestra excursion molidos y tostados, y con una soberbia insolacion como recuerdo del Birket. Durante quince dias el color de nuestra tez corrió parejas con el de los pescadores beduinos del lago.

CHINA.

Carta del P. Estéban S. de las Heras, misionero dominico.

Hin-hua y agosto 3 de 1881.



EN este distrito de Hin-hua es donde, por la misericordia de Dios, más frutos se recogen, atendido el número de bautizados en estos últimos años.

Con la edificacion de la iglesia de Pin-hay se ha dado algun vigor al movimiento religioso de estos pueblos, que no han podido entorpecer los grandes obstáculos con que ha tropezado; tanto por parte de las autoridades, como de los potentados y malévolos. Todos estos años ha habido un muy crecido número de bautismos de adultos, y todos los dias se presentan nuevos campos donde trabajar. Hace unos tres ó cuatro años que el P. Massot abrió una nueva Mision, en una isla llamada Nan-tic, distante unas tres leguas de la bahía de Pin-hay, y los resultados han manifestado que Dios tiene algunos escogidos en aquella isla. Hasta el presente han sido regenerados con las saludables aguas del Bautismo unos 500 isleños, y todavía hay muchos catecúmenos.

Apenas llegarían á 200 el número de neófitos, cuando tuvieron que sufrir una ruda persecucion; cosa or-

dinaria en todas las nuevas cristiandades de China, efecto de las costumbres supersticiosas de los pueblos, y de las raras conversiones que se verifican en este populoso Imperio.

Empezó la persecucion, como generalmente sucede, con querer obligar á los neófitos á contribuir á sus solemnidades gentílicas. Estos se negaron, como debian, y entonces les amenazaron con destruirles las casas, talarles los campos y echarlos del pueblo. Y lo peor es, que no sólo los poderosos eran los autores de tales atropellos, sino que el mismo mandarin de la isla instigaba y protegía estas injusticias, y públicamente apoyaba á los paganos en sus violencias. Temiendo entonces el P. Massot las calamidades y desgracias que habian de seguirse, á no poner pronto remedio, dirigió una carta al mandarin de la capital, hombre bastante recto; el que al punto redactó un edicto prohibiendo tales vejaciones, y mandó á varios satélites fuésen á comunicarlo y fijarlo en los principales pueblos de la isla.

Por de pronto parecia quedar todo en paz, y los cristianos se daban el parabien por la victoria conseguida; pero no pudieron gozar por mucho tiempo de esta aparente tranquilidad.

Un champan de comerciantes chinos se estrelló en aquella isla, frente á un pueblecito distante unas dos leguas de la principal residencia de los cristianos. Gran parte de dicha isla se compone de ladrones y piratas de profesion; por lo que no es de admirar que se apoderasen del champan y de todo lo que en él habia. Es cosa general en China robar y maltratar á los náufragos, especialmente si éstos son extranjeros, y no pocas veces los matan despues de haberlos robado, temiendo que si llega á oídos de los satélites querrán tambien participar de la presa. Apenas se encontrará por estas tierras quien se compadezca de un náufrago, y mucho menos quien le socorra en sus necesidades. Aquí en Pin-hay sucede lo mismo cuando algun barco naufraga, y más de una vez lo he visto yo con mis propios ojos; sólo que como un poco más avisados, respetan á los náufragos, y en la reparticion no entra ni el áncora ni el palo mayor, que se devuelve al dueño del barco.

Los pobres náufragos de Nan-tic dieron parte á Focheu, y los grandes mandarines oficiaron á las autoridades de Hin-hua mandándoles castigar á los culpables. Al tener noticia el mandarin de la isla, de la contestacion de Focheu, apresuradamente hizo una minuciosa relacion á sus superiores de lo acontecido, diciendo que los cristianos eran los principales culpables, y que era necesario hacer un ejemplar castigo en todos los chinos europeos (así llaman á los cristianos).

Al poco tiempo se presentó en la isla un vapor chino con algunas compañías de soldados y una caterva de famélicos satélites, y se dieron órdenes para prender á los cristianos. Un viejo catequista que tenemos en la isla, protesta en nombre del misionero europeo contra tan tiránico modo de obrar, y manda un propio á la iglesia de Pin-hay para avisar lo que sucedia. El P. Massot no estaba en Hin-hua, pues habia marchado á Fogan, para consultar con los superiores algunos negocios de las nuevas Misiones. En tan críticos momentos determinámos escribir al mandarin de la capital, manifestando la inocencia de los cristianos y la causa por que el mandarin de la isla los habia acusado.

Por otra parte, se pudo conseguir que el mandarin comisionado esperase la contestacion del Hien de la ca-

pital. Esta decia que confiaba en la lealtad del misionero europeo, que los cristianos se presentarían en su tribunal juntamente con sus acusadores, y que sentenciaría según razón y justicia. Con todo, mandó un delegado á esta iglesia de Pin-hay para cerciorarse de la verdad del negocio. Como el P. Massot no había vuelto de Fogan, tuve yo que recibirle: hablámos sobre el motivo de su visita, sirviéndome de intérprete el catequista, y quedámos en que los cristianos y náufragos se presentarían á juicio. Al día siguiente avisó á éstos para que tal día se presentasen en la capital juntamente con los cristianos acusados, para juzgar y sentenciar lo que fuese justo. Mas muy admirado quedó al oírles decir, que nada tenían que ver con los cristianos, sino sólo con los gentiles, en cuyo pueblo sucedió el naufragio. Al saber tal declaración el alguacil de marina, en cuyo nombre estaba apoyada la acusación del mandarin local contra los cristianos, se fugó; visto lo cual, volvióse á la capital el delegado para dar cuenta al Hien de lo que pasaba. De este modo se concluyó este negocio, por lo que toca á los cristianos, y volvió á renacer entre los neófitos la tranquilidad y confianza en el misionero europeo.

También en el continente se han abierto estos últimos años algunas nuevas Misiones, y en una de ellas hay ya más de 100 neófitos y muchísimos catecúmenos.

Después que se han bautizado algunos cuantos, vienen las trifulcas y pleitos entre cristianos y gentiles. Y es natural que así suceda, porque como los cristianos ya no contribuyen con chapecas para las solemnidades paganas, la cuota que deben pagar los gentiles es mayor. Si fuera á contar los pleitos que con este motivo ha habido en este distrito, sería nunca acabar. Me limitaré, pues, á contar lo acaecido en estos días en una nueva cristiandad, distante de la principal de Pin-hay tres leguas y media.

En el pueblo donde está dicha cristiandad hay un templo dedicado á la diosa del mar, y es obligación de todos los que se dedican á la pesca en dicho pueblo el contribuir á su culto con algunas chapecas. Los neófitos se negaron, como era su deber, á contribuir para dicho fin supersticioso, por lo que los gentiles les negaron el derecho de pescar, y los sitiaron en sus propias casas, en cuyo estado estuvieron más de dos meses.

Entre tanto los mandarines tomando opio tranquilamente, sin hacer caso de las muchas cartas que se les enviaron para que socorriesen á los cristianos. Ultimamente mandaron un delegado, que se dirigió á Tutau (nombre del pueblo de la nueva cristiandad), y se pudo conseguir que los gentiles levantasen el sitio y pudiesen salir los neófitos. Temiéndose éstos no poder vivir en paz con los gentiles, arrasaron sus casas y se fueron á vivir fuera del pueblo. Los paganos no les permitieron edificar en el lugar por los cristianos elegido. Entonces gentiles y cristianos acudieron á las armas, y á pesar de que estos últimos tenían asalariados para batirse más de sesenta hombres, todos se desbandaron al caer muerto en el campo uno de ellos. El legado del mandarin temiendo la ira del pueblo, se marchó, y al llegar á la capital, afirmó que todo quedaba compuesto. Efecto, según dijeron después los mismos gentiles, de haber recibido una buena cantidad de plata. El cohecho es tan común en estas tierras como el cáncer. Raro será el mandarin que durante el tiempo de su mandarinato no haya vendido más de una vez la justicia de las causas

presentadas en su tribunal, y lo mismo sucede respecto á los empleos. El que en China tiene dinero, consigue grados, logra empleos, gana pleitos y no teme la cárcel. En China todo se compra, porque todo se vende, y se puede asegurar sin temor de errar, que á bolsa abierta, no hay puerta cerrada.

Tuvimos otra vez que acusar, y el mismo Hien fué para apresar á los culpables, mas al llegar al pueblo, todos se habían escapado.

El mandarin sin hacer más se volvió, y también los gentiles á sus casas, para continuar vejando á los cristianos; los infelices no tienen donde cobijarse, por lo que hemos vuelto á suplicar al mandarin mande alguna tropa, para defender á los cristianos mientras edifican sus casas. No hace muchos días venían á Pin-hay para celebrar el domingo tres cristianos, y no bien habían andado un cuarto de legua, cuando se vieron sorprendidos por los gentiles. Uno intentó escapar, pero á los pocos pasos cayó en el suelo, herido de dos balas; las heridas no son de gravedad, pero temiendo los gentiles se les muriese no le apresaron y le dejaron tendido en el suelo. A sus dos compañeros les volvieron al pueblo para darles un martirio prolongado. Viendo el mandarin tanta audacia por parte de los gentiles, parece ha tomado á pechos el componer dicho negocio, y acaba de mandar una catterva de satélites con un subalterno, con orden de no volver, si el negocio no se ha compuesto á satisfacción de los cristianos, y que si no puede arreglarse le avise inmediatamente para ir él mismo con 200 soldados.

No ha habido necesidad de llamar tropa, puesto que las órdenes secretas del legado eran componerlo de cualquiera manera; así que amenazó á los cristianos si no accedían á lo que él proponía. Los cristianos no tuvieron más remedio que ceder, ya por temor, ya también por no poder aprontar la plata suficiente para pagar el viaje del mandarin y de la tropa. Las bases fueron: devolver á los cristianos todos los campos de que los gentiles se habían apoderado; permitirles edificar casas en el lugar designado por el mandarin, y dar una indemnización á la madre del cristiano muerto.

De esta manera se han podido reconciliar ambas partes, pero temo no durará mucho esta paz, atendido el odio que unos á otros se profesan.

TIBET.

Carta del Ilmo. Félix Biet, vicario apostólico del Tibet.

Ta-tsien-lu, 22 de setiembre de 1882.



A gracia de Dios que obra las conversiones, mientras que nosotros le servimos de instrumentos, en el presente año ha desatado de los lazos del paganismo á más almas de las que nosotros nos atrevíamos á esperar. En la misma época del año último noticiámos llenos de contento 70 nuevos adoradores y 27 bautismos de adultos, que era el mayor fruto obtenido hasta entonces en nuestra difícil Mision del Tibet. El presente año el movimiento progresivo de las conversiones de paganos es mucho más consolador: tenemos la dicha de registrar como resultado del presente ejercicio 108 nuevos adoradores y 33 bautismos de adultos: no obstante 37 fallecidos, el número de nuestros adherentes ha tenido un aumento de 63, habiendo bautizado 2,787 niños paganos en peligro

de muerte. Nuestras tribulaciones han sido grandes, pero la bondad de Dios no nos ha escatimado los consuelos. Nos ha dado el triunfo en un proceso espinoso, haciendo que la persecucion cediese en gloria de su santo nombre, coronando de un éxito feliz la paciencia y el celo de los misioneros. Séanle tributadas por ello mil acciones de gracias, pues Él es el autor de todo bien.

El Rdo. Brioux llevó mi circular anunciando el Jubileo universal, y los misioneros del interior la recibieron teñida con la sangre de este nuestro queridísimo mártir. En todas las estaciones donde fué posible reunir á los cristianos se hicieron los ejercicios con viva solicitud. Las limosnas no pasan de 174 pesetas; como nuestros neófitos no tienen dinero, los misioneros aceptaron toda especie de cereales, sal, tabaco y aún madera para combustible. Aunque insignificantes en apariencia, estas limosnas tienen sumo precio delante de Dios, pues muchos de los donantes viven de raíces silvestres durante algunos meses del año: en la primavera los renuevos del helecho, las primeras hojas de trigo, etc., son la comida de muchos mientras aguardan la cosecha.

El suceso más grave de este año ha sido el asesinato del Rdo. Brioux y el proceso consiguiente. Este proceso, que podia ser de funestos resultados para la Mision del Tibet, ha tenido un éxito que supera nuestras esperanzas: no entraré en detalles, pues ya los dí en anteriores cartas. Los lamas, que habian rehusado la entrega de los asesinos, triunfaban ya, y se creian bastante fuertes para preparar nuestra expulsion definitiva, asustando á los cristianos. Con el intento de disponer el pueblo y atraérselo para fraguar nuestra ruina, los lamas pretendieron haber recibido de L'hasa una correspondencia muy importante. «El Dalai lama, decian, está gravemente enfermo y en peligro de muerte: preguntado por la causa, ha respondido que iba á morir de tristeza porque se permitia que hubiese misioneros y cristianos en el país de Bathang, frontera de su reino.»

Empero, mientras los lamas urdian así sus conspiraciones, los mandarines chinos, delegados por el virey del Su-tchuen para juzgar el proceso, llegaron súbitamente á Bathang, en pleno invierno, acompañados de numerosa y brillante escolta y de cien soldados chinos. Estos mandarines, que nos conocian hacia mucho tiempo, están muy bien dispuestos respecto á nosotros, y tenian orden de hacernos justicia: de consiguiente obraron con energía, y en breve la extradicion de los asesinos impuesta á los lamas, la ejecucion de dos culpables, uno de ellos lama tambien, el encarcelamiento de otros dos, la degradacion temporal de dos jefes indígenas, la indemnizacion de nuestras pérdidas impuesta á la lamasería y á dichos jefes, el escrito favorable á nuestra religion fijado en la puerta misma de la lamasería y en las principales localidades del distrito, trocaron en triunfo la ruina con que nos amenazaban los lamas.

No se dieron éstos por rendidos, y despues de la partida de los jueces del proceso, delegaron dos de los suyos á L'hasa para dar al rey y á las tres grandes lamaserías de la capital las noticias más alarmantes. Anunciaron que los mandarines chinos, los jefes indígenas y todo el pueblo de Bathang, rechazando la religion de L'hasa, habian abrazado el Cristianismo; y que si no obtenian prontamente nuestra expulsion y la de todos los cristianos, teníamos el proyecto de arrojar

de su monasterio á los 1,800 lamas que lo habitan, y convertir la lamasería en iglesia.

El Gobierno de L'hasa y las tres grandes lamaserías fingieron dar crédito á esta patraña, y como no pueden hacer cosa de importancia sin autorizacion del Residente imperial chino, le enviaron una diputacion para exponerle la gravedad del caso y pedirle con instancia que autorizase nuestra expulsion inmediata. El delegado imperial chino les contestó: «que si sucesos tan graves tenian lugar en Bathang, los lamas respectivos debian advertirlo al virey del Su-tchuen (el mismo que acababa de hacernos justicia); que por su parte, residente imperial y encargado del reino de L'hasa, nada tenia que ver con los asuntos de Bathang, que no correspondia á su jurisdiccion; y que prohibia al mismo tiempo al Gobierno indígena de L'hasa que se ocupase de países que no le estaban sometidos.» Esta contestacion era para nosotros un nuevo triunfo, y heria con un mismo golpe al Gobierno de L'hasa y á la lamasería de Bathang. En el mes de agosto último los mensajeros volvieron avergonzados á dar cuenta á sus superiores del fracaso de su mision. Espero que, en vista de tal derrota, nos dejarán en paz durante algun tiempo.

Bathang.—No se me da cuenta de conversiones durante el curso del presente año, tan lleno con las intrigas de la lamasería; pero cuanto más se nos disputa el terreno, más sólidamente nos establecemos en él. En julio último, el primer jefe indígena de Bathang nos vendió por el precio de 260 *taels* (2,000 pesetas próximamente), terreno suficiente para una familia de colonos. Como valor material esto es poca cosa; mas lo importante es que el primer *Deba* ó gobernador indígena de todo el territorio de Bathang es quien nos *vendió* este terreno: puso su sello oficial en la escritura de compra, y el mandarin chino lo confirmó con el sello de su Gobierno. Esto, por consiguiente, es una toma de posesion á perpetuidad en el país de Bathang, en el momento en que los lamas creian expulsarnos para siempre. Tales compras á la perpetuidad son tan difíciles en estas comarcas, que en Yerkalo no poseemos ni un palmo de terreno. El solar en que están construidas nuestra casa y capilla no nos pertenece: igualmente en Ta-tsien-lu, el terreno de nuestra casa episcopal no es ni puede ser de nuestra propiedad.

Yerkalo.—«El año que acaba de terminar, me escribe el Rdo. Giraudeau, hemos experimentado no pocas tribulaciones, pero en compensacion nos ha proporcionado una desusada cifra de nuevos adoradores, que, si bien seria insignificante para ciertas cristiandades, respecto á Yerkalo, donde las conversiones son tan difíciles y por lo mismo rarísimas, es verdaderamente consoladora. El suelo del Tibet, que ha bebido la sangre de tantos misioneros, ¿tendremos la dicha de verlo al fin fecundo? Algunas veces por la tarde, paseándome por mi habitacion solitaria, y contemplando los grandes pueblos paganos de las orillas del rio, ruego á Dios que realice mis ardientes votos. Sin embargo, no creo en la conversion próxima del Tibet: si realmente llegamos á gozar de la libertad que nos otorga el edicto publicado á la terminacion del proceso, entonces sí que contaríamos, aún en los alrededores de Yerkalo, buen número de conversiones.

«La viruela se ha ensañado terriblemente en las poblaciones de Ladachu y sus cercanías. Los que fueron atacados de la epidemia antes de hacerse vacunar mu-

rieron en la proporción de 15 á 18 por 20. Aquellos á quienes vacuné se salvaron todos. Ese azote nos ha proporcionado ocasión de enviar al cielo cierto número de niños. Cuando se declaró la enfermedad, Ago, joven de Bonga, rescatado de la esclavitud por el Rdo. Renou, era el único que podía visitar á los niños; se impuso perfectamente en sus funciones y adquirió la reputación de hábil médico. No contento con bautizar los niños, ha procurado salvar las almas de algunos adultos moribundos.

«En una de sus viajes á Ladachu encontró un sugeto anciano ya y próximo á morir de la viruela. El enfermo apenas podía de vez en cuando abrir los ojos; sangre negra mezclada con pus manaba de su boca, narices y orejas: la mujer del moribundo había salido con sus cuatro niños á coger raíces para no ver á su familia morir de hambre; únicamente el mayor, de trece á catorce años, quedaba en la cabecera del padre. A la vista de tan profunda miseria, Ago compadecido prestó algunos auxilios al enfermo, y le predicó la esperanza de una vida mejor para quien quiera adorar á Dios, único Dueño del mundo, y detestar sus pecados.

«—Sí, dijo el enfermo, creo que tu religión es la verdadera; ya oí hablar mucho de ella; mas soy un gran pecador. ¿Quién podrá borrar nunca todos los pecados de mi vida pasada?

«—Amigo mío, le respondió el cristiano; Dios que quiere salvar á los hombres es tan bueno que perdona los pecados á todos los que se arrepienten; y ha instituido un medio facilísimo para esto, el bautismo.

«—Si es así, bautízame pronto, porque voy á morir, exclamó el enfermo.

«Ago, viendo tan buenas disposiciones y grande deseo del bautismo, instruyó á su convertido en las verdades fundamentales de la Religión, y luego le dijo:

«—Volveré pasado mañana, y si continuas creyendo en Dios, te bautizaré...

«—No, no, bautízame pronto; porque de lo contrario, iré al infierno.

«Ago rindióse á sus instancias, administróle el bautismo, y tomando su cruz colgóla al cuello del neófito diciéndole:

«—En esta cruz está clavada la imagen de nuestro Dios, Jesucristo, que tomó carne de hombre á fin de sufrir por los hombres y salvarlos á todos: ofrécele tus padecimientos y espera en Él.

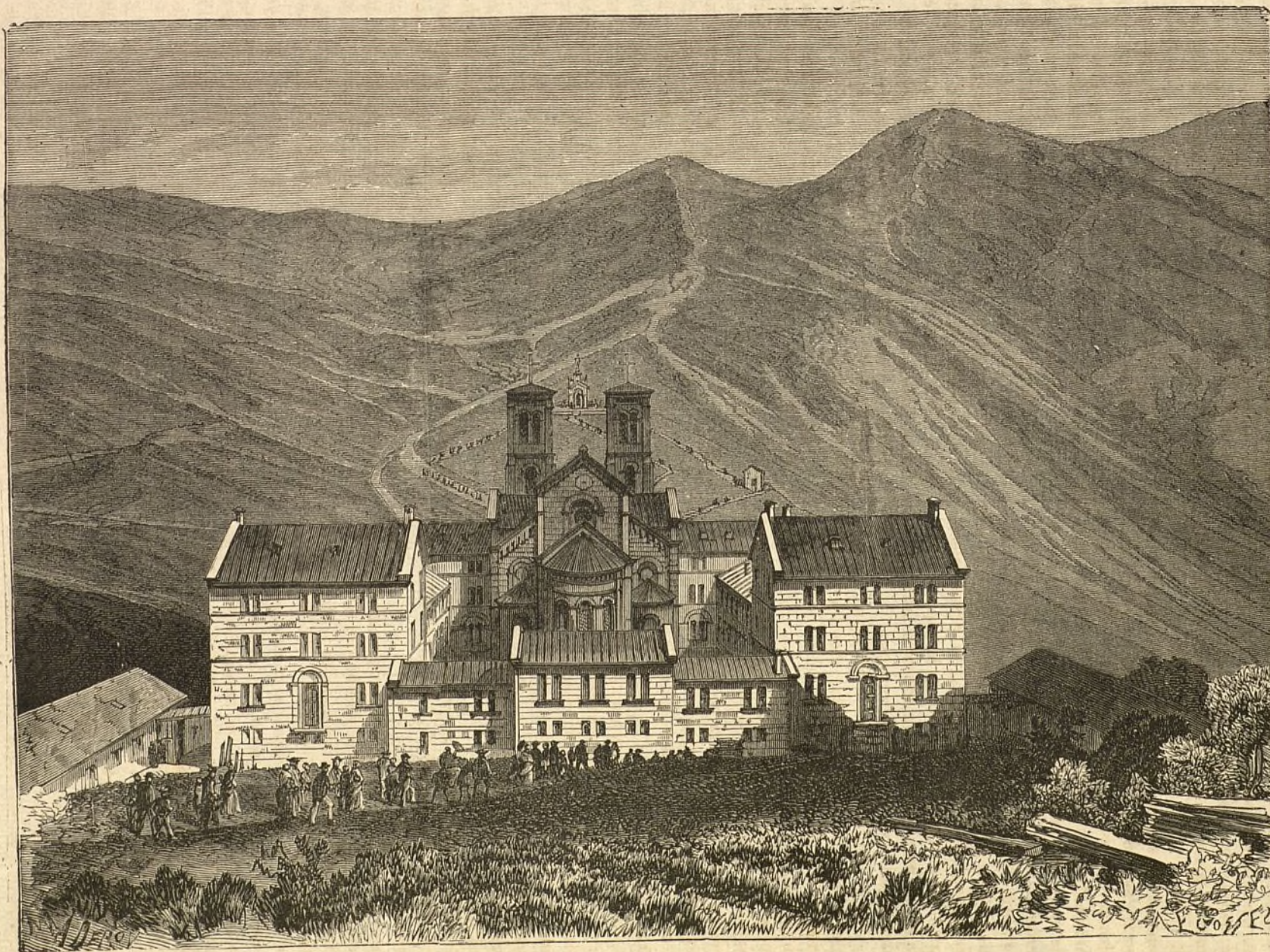
«Al cabo de dos días Ago volvió al mismo pueblo: el recién bautizado no había muerto; al contrario, estaba casi curado. Desde su bautismo no había cesado de orar; tenía continuamente la cruz entre sus manos, y hacia que su hijo le repitiese todas las palabras que le había dicho el cristiano acerca la Religión.»

Ta-tsien-lu.—Aunque esta reducida cristiandad cuenta un aumento de 18 personas en el presente año, sólo hemos tenido un bautismo de adulto chino, y dos esclavos tibetanos del Tsarong, que emprendieron la fuga y han venido á engrosar las filas de los adoradores. Una familia compuesta de tibetanos todos bautizados, ha aumentado igualmente nuestra grey: esta familia, de los alrededores de Tse-Ku, buscando terrenos para desbrozar llegó al país de Meli, llamado país del Hoang-lama. Esta región tibetana, situada entre el Kien-Tchang, país de Litang, y el de Ta-tsien-lu, depende nominalmente de la China, pero es gobernada por un lama, y lamas son también todos los jefes subalternos.

Los chinos que cruzan el país tienen que pagar á los lamas un derecho de pasaje: nuestros pobres cristianos fueron bien recibidos, y les ofrecieron excelentes terrenos para cultivar, que aceptaron; mas al cabo de pocos meses se les ordenó que abandonasen la religión cristiana. Comprendiendo entonces que habían caído en una celada, quisieron tomar la fuga, pero les declararon que eran esclavos por toda la vida; encadenaron á los padres, afeitaron la cabeza al mayor de los niños para hacer de él un lama, y les impusieron la más dura esclavitud.

Advertido de lo que pasaba, escribí al gran lama, quien no hizo el menor caso de mi carta. Transcurridos así dos años, no tenía ya esperanza alguna, cuando no há mucho el reyezuelo de Ta-tsien-lu casó á su hijo mayor, con cuyo motivo convocó á los cuarenta y ocho jefes tibetanos que gobiernan sus distritos: las fiestas duraron un mes. El segundo día fui invitado á una comida dada para mí solo: durante el banquete el rey tibetano ordenó á todos los de su séquito que danzasen: debía hablarse mucho de este honor tributado al jefe de la religión del Señor del cielo. Quise aprovechar la ocasión, y el día siguiente llamé al jefe que gobierna el distrito de Meli, situado á doce jornadas de aquí; le hablé de mis ocho cristianos reducidos á la esclavitud, y le supliqué que llevase de mi parte una carta al gran lama: el jefe aceptó gustoso el encargo, y además hizo saber qué honores se tributaban en Ta-tsien-lu á los maestros de la religión cristiana. Esta descripción produjo el efecto deseado: el gran lama, temiendo comprometerse si resistía, mandó poner en libertad á los ocho cristianos, les ofreció dinero para el camino, y me los expidió á Ta-tsien-lu. Así fué como una comida de bodas libró de la esclavitud á toda una familia cristiana. Estas buenas gentes, llegadas aquí hace un mes sin casa y sin terreno, van á desbrozar un rincón de la montaña, que en breve será conocida con el nombre de Montaña de los cristianos.

Cha-Pa.—Un rasgo de la divina misericordia. Nuestro Señor ya lo dijo, que vino á buscar á los pecadores. Un anciano, cristiano antiguo, vivía retirado en la cumbre de un monte poco distante de aquí: parecía ignorar el mundo y sobre todo haber olvidado su alma, pues nunca se le vió cumplir sus deberes religiosos: los cristianos de los alrededores, y hasta sus parientes no sospechaban que existiese aún. Sintiendo debilitarse, y previendo que en breve llegaría su hora postrera, tuvo el deseo común á todos esos infelices chinos, cuyo corazón por otra parte parece tan frío, de ver de nuevo su país natal para exhalar en él su último suspiro. Pónese, pues, en camino: agobiado por los años y teniendo la bolsa vacía, anda á cortas jornadas. No sé cómo, la Providencia le condujo á una familia cristiana, en Cha-Pa mismo, á pedir algún dinero para el viaje á título de compatriota y aún de pariente. Los cristianos, bien inspirados, condujeron esta oveja perdida á la presencia del misionero; avivóse entonces la antigua fe en el corazón del anciano, y antes de ir más lejos quiso poner en orden sus asuntos espirituales: preparáronle sumariamente, pues el tiempo apremiaba, y apenas había cumplido todos sus deberes cuando una noche pasó á mejor vida sin que nadie se apercibiese de ello. Al abandonar su montaña, ese pobre viejo pecador creyó ponerse en camino para Mu-Pin, su país natal, y sin saberlo, la mano de su buen Ángel le conducía al cielo, la verdadera patria.



Casa-matriz de los misioneros de Noruega en Nuestra Señora de la Saleta. (Pág. 72).



Los misioneros del Tibet no sólo son maestros de escuela, sí que además se ven obligados á transcribir por sí mismos todos los libros tibetanos destinados á sus discípulos: este vacío va á suplirse en parte. Los reverendos Desgodins y Mussot se ocupan activamente en la impresion de nuestros libros, y en breve recibiré una primera remesa de obras tibetanas, lo que aligerará mucho el trabajo de copistas impuesto hasta hoy á los misioneros.

OCEANÍA CENTRAL.

Extracto de una carta del Ilmo. Lamaze al Rdo. Hingre.

ESTAMOS ya á 19 de diciembre, y es preciso nos embarquemos muy de madrugada si queremos llegar por Navidad á Rotuma. Nos aguarda el *Mona*, pésimo buque de diez y siete toneladas, lleno ya de mercancías. Con todo rigor hay todavía dos plazas bajo cubierta, que las aprovecharemos en caso de lluvia, aún á peligro de marearnos á causa de la dificultad de respirar allí; para dormitorio y refectorio es preferible el puente. El capitán y el patron son alemanes de Hamburgo; uno y otro luteranos de nombre. Dos marineros indígenas, un cocinero, cuatro pasajeros, mi *tama* Lolesio (Lorenzo) para cuidar de mi bagaje, y el P. Loyer, que la Providencia me ha dado por compañero de viaje, tal es todo nuestro personal.

Al abandonar el puerto saludamos la pequeña iglesia de Levuka, en la que nuestros Padres oran por los viajeros.

El grupo de Fidji se compone de cerca 300 islas. El capitán despliega el mapa de ellas, y dice:

—Las conozco todas: pudiera tomar esta ó aquella direccion, pero prefiero la que seguimos, pues aunque peligrosa es la más corta, y sé al dedillo todos los escollos.

Por desdicha, á pesar de esta ciencia y de encontrarse el mismo capitán en el peligro, á las cuatro de la tarde el *Mona* se atascó en los arrecifes de Vanua-Levu.

—Esto no es nada, dijo, pasaremos tranquilamente la noche, y á las tres de la madrugada la marea alta nos pondrá de nuevo á flote.

20 de diciembre.—Otra decepcion; viene la marea alta, pero no lo es tanto que pueda sacarnos del atoladero.

—No es cosa para inquietarse, repone el capitán; nos desembarcaremos del cargamento, y el buque así aligerado partirá en la marea de la tarde. Mejor estaremos en tierra que á bordo.

Vamos, pues, á tierra.

Vanua-Levu es una isla de 90 millas de longitud. El lugar en que desembarcamos parece un verdadero parque, con plantacion de cocoteros bien alineados, habiendo á trechos algunas cabañas, pero sin habitantes. Junto con los pájaros, que cantan mientras rezamos nuestras oraciones, somos los dueños de estos lugares. Sin embargo, los indígenas de los alrededores han visto el barco, y á medio día llegan á bandadas. Contemplan, admiran y tocan todos los fardos depositados en la orilla. Quieren hablarnos, y nosotros tratamos de contestarles; pero ¡triste efecto de la confusion de Babel, cuánto embaraza en la bella Oceanía! Imposible es entendernos con nuestros visitantes. Por suerte, son tan

amables como curiosos; y para obsequiarnos empiezan á bailar y cantar.

De vez en cuando observamos los progresos de la marea. Agita el buque, lo levanta, y con auxilio de las velas lo saca del arrecife. Inmediatamente lo cargan de nuevo, y al cerrar la noche volvemos á bordo.

—Sería imprudente, dice el capitán, navegar de noche: permaneceremos, pues, al ancla: entre tanto descansaremos, y mañana se ganará el tiempo perdido.

21 de diciembre.—Acertó esta vez el capitán: el viento es favorable; nos deslizamos á través de las islas, y á medio día atravesamos la última cadena de arrecifes, desapareciendo Fidji por la tarde.

23 y 24 de diciembre.—El viernes y sábado calma el viento: ¿llegaremos por Navidad? El calor aumenta: el termómetro señala 45°: *Esto nobis, Domine, in æstu umbraculum*. Dos años atrás fuimos á celebrar esta fiesta en Belley; no lo habréis olvidado, como tampoco el extremado frío que hacia entonces.

A las siete de la mañana, víspera de Navidad, desde lo alto del mástil se anuncia tierra, y Dios mediante llegaremos el mismo día.

Los dos marineros, rotumos católicos, muestran la cumbre de las colinas de su país natal, en que echaremos el ancla, y donde, á la distancia de dos leguas, se encuentra la Mision. A las tres de la tarde abandonamos el *Mona*. Ocupados en las confesiones y en los preparativos de la recepcion, los dos misioneros nos enviaron su *boad*. Al acercarnos izamos nuestra bandera blanca, en la cual hay dibujada la cifra de María, la cruz de Lorena, el cocotero de las islas y la divisa del bienaventurado Pedro Fourier: *Nemini obesse, omnibus prodesse*. En breve vemos en la orilla las oriflamas, el palio y la procesion: vienen á nuestro encuentro: todos rebotan de contento, y hasta nosotros olvidamos las fatigas de la navegacion. A los cánticos litúrgicos de la recepcion, se añade el del cántico: «Venid, divino Mesías.» Es de noche; luego empezará la vigilia de Navidad, y nos apresuramos á tomar un poco de refresco y de descanso.

25 de diciembre.—Ya sabeis cómo se celebra en Oceanía el nacimiento del Hijo de Dios y de la Virgen, y os es conocido el himno de Navidad que se canta en Tonga: *Fakafetai Alo o Maria!* «¡Gracias, oh Hijo de María!» En Rotuma se dice: *Noaia, ko lec au Maria!* «¡Salud, oh Hijo de María!» En las diversas lenguas de mis dos vicariatos es el mismo cántico por las ideas y la música, y es idéntico el entusiasmo popular.

No os sería posible contener las lágrimas si oyeseis á nuestros fervorosos neófitos cantar en este hermoso día su *Fakafetai* y su *Noaia* al divino Hijo de María.

Durante la noche hemos celebrado once misas. Varias veces se ha invitado á los asistentes á que se retirasen, pero han perseverado en su mayor parte. Despues de tan largo Oficio, era ya hora de vernos, pues nos habíamos encontrado de noche y en la iglesia. Cada uno deseaba recibir la bendicion del Obispo, escena larga, si bien consoladora. Es de notar que hacia diez años que no se habia visto el *Epikopo*, y que aún el Ilmo. Eloy, en 1872, no hizo sino pasar, sin poder siquiera administrar la Confirmacion, y el Ilmo. Bataillon, algunos años antes, tambien tuvo que limitarse á una simple aparicion.

Todo ha terminado al fin, y hay que convenir que unos y otros hemos ganado nuestro desayuno. Hé aquí,

en efecto, los *kava*, los cestos de víveres y cerdo asado: todo es presentado, distribuido, bebido ó comido conforme los ritos oceánicos.

26 de diciembre.—Restan sólo seis días antes de la ceremonia de la Confirmacion, y no hay que perder tiempo. Los tres misioneros se distribuyen las instrucciones y confesiones. Como no conozco la lengua del país, confesaré y prepararé á los que vienen de las otras islas, quiero decir, en tongo, uveano, futunio y aún en inglés.

27 de diciembre.—Entre mis penitentes encuentro una docena de Futunios, cuya historia quiero referiros.

La aparicion de un buque en estas pequeñas islas ca-lienta no poco las cabezas. Todos quisieran partir y ver otros países para referir las aventuras del viaje. Una vez partido el buque, si no se ejerce activa vigilancia, muchos se escapan en débiles esquifes y sin provisiones, á merced de los vientos y de las olas. No pocos perecen en la mar y otros en las islas de caníbales donde tienen la desdicha de abordar. Algunos, más felices, llegan á alguna playa hospitalaria. Este es el caso de los doce Futunios, que fueron acogidos por los católicos de Rotuma, sirviéndoles mucho tiempo de edificacion. Mas la ocasion, su debilidad en la fe y las instigaciones del maligno espíritu los desviaron del recto camino, y señal de infidelidad en Rotuma, como en Futuna, fué el dejarse crecer los cabellos. Habréis visto ya en fotografías esas largas y espesas cabelleras oceánicas. Aquí, cómo en la primitiva Iglesia, hay penitencias canónicas y públicas. A los doce fugitivos, pues, se les impuso el castigo de permanecer en la puerta de la iglesia durante los Oficios, y aún se les mantuvo alejados fuera de las poblaciones católicas. A pesar de eso, no dejaron de llevar encima la medalla, de rezar el Rosario, y de decir y repetir á los wesleyanos que la religion católica es la única buena y verdadera.

—Hemos disgustado á los Padres, me repiten hoy, y somos culpables; pero nos arrepentimos, y vamos á cortarnos los cabellos: haremos todo lo que nos mandes: admítenos al Jubileo.

El P. Chanel veló sin duda desde el cielo por estos sus hijos espirituales, y nos ayudará á repatriarles: de regreso á Futuna contamos con ellos para construir una nueva iglesia sobre el sepulcro del mártir. Organizar en todas estas islas la peregrinacion de nuestro Venerable me parece el mejor medio de santificar la manía por las excursiones lejanas, verdadero azote que causa graves perjuicios á nuestras Misiones.

31 de diciembre.—Comunion general. Excelente preparacion para la confirmacion de mañana.

1.º de enero.—Casi todos nuestros neófitos adultos reciben el sacramento de los fuertes. Con grande sorpresa de los asistentes predico en rotumo. No vayais á creer en un milagro: he escrito mi sermón, y lo he aprendido. Desde la primera frase veo que se me comprende, y eso me da valor. Alentado por el éxito del primer ensayo, me he propuesto predicar habitualmente durante mi permanencia en rotumo. Se me había asustado diciendo que esta lengua en nada se asemeja á las de las otras islas; y en efecto, cuanto éstas son dulces y amaneradas, tanto el rotumo parece duro, brusco y lacónico. Preténdese que gran número de palabras proceden del chino. Sin embargo, con alguna atencion, encuéntrase en él el fondo del lenguaje polinesio.

Al anterior relato añadiremos detalles interesantísimos que acerca de Rotuma dió en una carta-circular el Ilmo. Lamaze:

En 1846 se establecieron en Rotuma los primeros misioneros, siendo expulsados al cabo de siete años por los jefes todavía paganos. Muchos neófitos siguieron á los Padres y se establecieron en Futuna, mientras otros se quedaron en el país, y á pesar de verse privados durante quince años de todo auxilio religioso, conservaron la fe con valor verdaderamente heroico.

Por fin en 1868 los PP. Dézest y Trouillet emprendieron de nuevo la Mision. Los paganos se habian suavizado, y la reducida grey se acrecentó. Empero no habian tocado á su fin las contrariedades, y postrados por los trabajos y privaciones, los dos misioneros cayeron enfermos. El P. Dézest murió, ofreciendo su vida por sus queridos Rotumos. El P. Trouillet llegó hasta la agonía: con todo, recogiendo sus fuerzas pudo administrar los Sacramentos y dar sepultura á su compañero. Quedó enteramente solo: tardóse mucho en conocer su crítica situacion, y no pudiendo enviársele otro sacerdote, se le indicó que fuése á una de las restantes estaciones para tomar el reposo que le era necesario.

El amor que profesaba á sus hijos en Cristo, no le permitió dejarles huérfanos; prefirió permanecer en medio de ellos, esperando tranquilo la llegada de un nuevo compañero. A los diez y ocho meses aportó á la isla el P. Loyer, dichoso con poder consagrarse á la salvacion de sus sencillos habitantes. Los esfuerzos de ambos misioneros elevaron en breve á 800 la cifra de los católicos, lo que era ya la tercera parte de la poblacion, que no excede de 2,400. El infierno se desencadenó entonces con nuevo furor contra la Mision. Rotuma está dividida en siete reinos, cada uno de los cuales tiene su rey. Sobre los siete potentados que gobiernan hay un octavo jefe que tiene el título de rey de los reyes. Dos de estos jefes se habian hecho católicos, y los restantes, impulsados por la herejía, se coligaron contra ellos. Despues de mil intrigas y persecucion declarada, gran número de neófitos fueron desterrados, con prohibicion de regresar á sus hogares á menos de que apostatasen. Entonces fue cuando se les ofreció un refugio en Futuna. Mas de concierto con los Padres resolvieron quedarse en Rotuma á toda costa, y reuniéronse al rededor de la Mision, bien dispuestos á sufrirlo todo y aún á morir, si preciso fuese, por su religion.

Pocos años despues de estos acontecimientos, los jefes wesleyanos se concertaron de nuevo contra el Cristianismo, declararon la guerra á los dos jefes católicos Rimakao y Mora, y fuéron á atacarles hasta en sus reinos. El primero perdió la vida en una escaramuza, y poco despues de su muerte los católicos, en parte desalentados por su escaso número, y en parte engañados con las buenas palabras de los wesleyanos, depusieron las armas y pidieron la paz. Apenas fué firmada, cuando los jefes wesleyanos se aprovecharon de ella para deponer injustamente y contra todas las leyes del país al único jefe católico que quedaba. Mora fué inmediatamente reemplazado por un jefe de la secta.

Humanamente hablando, todo estaba perdido entonces para los infelices católicos de Rotuma; pero precisamente entonces todo fué salvado. Despues de su victoria los jefes wesleyanos, celosos unos de otros, anxionaron su país á Inglaterra. Pues bien, el primer acto de los ingleses, al tomar posesion de la isla, fué proclamar

la libertad religiosa y restablecer á los católicos en todos sus derechos. No se necesitaba más para disipar todas las prevenciones. Hoy los jefes wesleyanos dicen muy alto que la herejía les ha perdido, y hacen recaer sobre sus ministros la odiosidad de la última guerra, que fué seguida de la anexión á la Gran-Bretaña. Visiblemente se acercan á nosotros. Hemos podido convencernos de ello en varias circunstancias, y sobre todo cuando la bendición de la primera piedra de una nueva iglesia. Todo Rotuma quiso asistir á esta bella ceremonia. Reservóse una plaza de honor para el magistrado inglés y los otros blancos de la isla: la bandera de S. M. la Reina de Inglaterra flotaba al lado de la del Papa; los guerreros wesleyanos, unidos á los católicos, formaban en la carrera y escoltaban la magnífica procesión. Aquel día fué verdaderamente el triunfo del Catolicismo en Rotuma.

Al mismo tiempo que se construía la iglesia, la obra de las escuelas tomaba considerable desarrollo, á lo que contribuyó poderosamente el haber hecho imprimir en Sydney, en lengua de Rotuma, un hermoso libro de oraciones. Ahora tenemos clase regularmente en todos los pueblos, habiendo encomendado la de niños á sujetos adictos, escogidos entre los mejores católicos, y la de niñas á mujeres piadosas y llenas de celo. A más de esto, en Sumi, centro de la Misión y residencia de los Padres, gran número de doncellas, escogidas entre las más piadosas y fervientes, viven en comunidad como vírgenes de un noviciado, y tienen á su cargo enseñar el catecismo y otras materias á todas las jóvenes y á las mujeres casadas que se reúnen en su escuela en determinados días de la semana.

Los Padres de Rotuma tienen asimismo un pensionado en el que viven con mucha regularidad catorce ó quince jóvenes de los más dóciles de la isla, que serán más tarde, como lo esperamos, excelentes catequistas y preciosos auxiliares de los misioneros en su rudo ministerio.

Los jefes herejes que dieron la isla de Rotuma á Inglaterra quieren ahora rescatarla. Se han dirigido para eso á la reina Victoria, enviándole una petición. Cualquiera que sea el éxito de sus gestiones, en nada perjudicará á nuestros católicos, que no habiendo sido consultados en el acta de cesión, tampoco han querido firmar la súplica. Les consta además por una larga experiencia, que todos los acontecimientos se convierten en bien de los que aman á Dios.

CRÓNICA.

Noruega.—Hace muchos años que los misioneros de Nuestra Señora de la Saleta recibieron de la Santa Sede el cargo de evangelizar las comarcas más septentrionales de Europa. La temperatura de las altas montañas del Delfinado, casi tan rigurosa como la de las estaciones polares, les prepara de antemano para los largos inviernos de los países del Norte. Algunos de los apóstoles de Noruega y de la Laponia pertenecen ya á la Congregación de Nuestra Señora de la Saleta: el ilustrísimo Bernard, prefecto apostólico, ingresó en ella recientemente, y otros de sus colaboradores, que no se cuentan todavía en el número de sus miembros, aban-

donarán momentáneamente su puesto para ir á hacer un año de noviciado en esa casa-matriz y á la sombra del santuario cuya vista ofrece el grabado de la pág. 69.

Después de pronunciar sus votos á los pies de Nuestra Señora, volverán con nuevo ardor á trabajar en su lejana y difícil Misión, en que la herejía de Lutero echó tan profundas raíces hace ya más de tres siglos.

«Ciertamente, escribe un Padre de Trondjhem, en el país noruego no podemos por el momento tener tantos consuelos como en otras Misiones. Pero si aún no está pronta una abundante cosecha, es de esperar que nuestras oraciones y fatigas la prepararán para un porvenir quizá poco distante. Los celosos misioneros que de veinte y seis años acá han consumido sus fuerzas para hacer conocer á los habitantes de estas comarcas la religión católica, han conseguido atraer al verdadero redil de Jesucristo cierto número de almas.

«Esperamos que la poderosa Reconciliadora de los infelices pecadores se mostrará aquí, como siempre y en todas partes, el terror de las herejías. Tal es la convicción del Ilmo. Bernard, que nosotros compartimos, y este pensamiento sostiene nuestro valor y nos une más íntimamente á esta obra.»

Asia Menor.—Un misionero de Marsivan nos escribe lo siguiente:

«Por fin estamos ya establecidos en esta ciudad, es decir tenemos un techo, paredes y ventanas, y hemos tapiado lo mejor posible todos los resquicios, á fin de sobrellevar los famosos inviernos de la Armenia.

«Es no poca suerte que se haya venido en socorro de los armenios, pues de lo contrario, dentro de unos diez años lo más, hubieran sido todos protestantes, contándose ya en las cercanías pueblos enteros ganados á la secta. Los protestantes están aquí establecidos desde la conclusión de la guerra de Crimea. Se les ha instalado con todo lujo; poseen una grande escuela en el centro de la ciudad para trescientos discípulos, otra para las niñas con nuevecientas pensionistas, reclutadas especialmente en los alrededores, y otras tantas externas. Además, en una escuela profesional enseñan filosofía y teología durante cinco años á discípulos salidos de su escuela primaria: estos alumnos, en número de treinta, reciben una suma anual y se les destina á ser ministros protestantes: los casan con doncellas del pensionado, y después los establecen en los pueblos inmediatos.

«A la noticia de nuestra llegada á Marsivan hubo un pánico general entre los protestantes: católicos y cismáticos se burlaron de sus terrores; mas ¡ay! como estamos aún reducidos á la inacción, este temor ha empezado á calmarse y aún se han envalentonado para levantar un gran colegio.

«Pasemos ahora á los cismáticos. Sin disputa tienen la más envidiable posición en Marsivan: su grande escuela puede contener seiscientos niños y ciento cincuenta niñas, pero está mal dirigida y los alumnos la abandonan para frecuentar la de los protestantes. Los jefes de la nación han venido varias veces á suplicarnos que abriésemos escuelas vastas y numerosas, asegurándonos que apenas ciento cincuenta discípulos quedarían apartados de nosotros. A cada instante nos repiten:

—«Levantad pronto una iglesia y veréis cómo la llenamos.

«Comprendo que no se sientan muy atraídos á la capilla actual, donde todo deja que desear. Los protestan-

tes para sacar partido de este estado de cosas predicando dos veces cada semana en armenio y en turco, lo que atrae mucha gente á su capilla, y no pocos ricos y personas influyentes. Los armenios se dedican especialmente al comercio, y la religion protestante les va tan bien á los negociantes, y es tan cómodo confesarse con Dios, que no habla todos los dias de lo alto del cielo para exigir las restituciones que deben hacerse y los lazos que es preciso romper!

«Así que inauguraremos nuestra escuela se cerrará la de armenios católicos que cuenta más de cien niños y otras tantas niñas. Si los cismáticos y turcos que aguardan con impaciencia la apertura de nuestras clases, no encuentran lugar, se dirigirán, los cismáticos por lo menos, á los protestantes. Estos tienen plazas que ofrecer y juzgan muy bien la cuestion, pues á más de sus tres escuelas, han decidido crear otra nueva.

«Si desde el principio nos vemos obligados á cerrar la puerta á los que se presentan, en vano procuraremos llamarlos más tarde. Para comenzar, cada uno de nosotros debiera tener una clase de cincuenta ó sesenta discípulos, como en Kabilia, y la escuela de los armenios católicos, en vez de cerrarse, convendría que continuase recibiendo á los más pequeños, que más tarde recibiríamos nosotros. Para esto necesariamente tenemos que levantar algunos edificios: en Tokat las casas son grandes, pero aquí sumamente pequeñas: los que han querido tener escuelas en Marsivan, así católicos como cismáticos ó protestantes, todos han tenido que hacer construcciones. Hay muchos solares en venta al precio de 500 ó 600 libras turcas.»

Isla Formosa (China).—De una carta del P. Andrés Chinchon, misionero dominico, dirigida á su Padre provincial, extractamos lo siguiente:

«Salí de Manila el 1.º de diciembre, y el día 4 del mismo mes, un poco despues del medio día, tuve el gusto de ver y saludar á los Padres de nuestra Procuracion de Hong-Kong, en donde estuve dos días; pasados los cuales volví á emprender mi viaje, llegando á Emuy el día de la Inmaculada Concepcion de María. En este puerto me detuve por algunos días para arreglar cierto negocio de la Mision, y el 22 tuve la dicha de volver á tomar posesion de mi *residencia*, en donde fuí recibido con alegría de los cristianos y del P. Nebot, y entre las emociones de los alegres saludos de uno y otros, y del festivo sonido de la campana, y el ruido de los cohetes y tiros. Llegué á Formosa, y mi corazon se dilató, y descansó como si hubiera llegado á su centro.

«Esta Mision progresa paso á paso, es verdad; pero ¡pluguiera á Dios que siempre fuera así! Una espiga hoy, otra mañana, y si esto es continuado, dentro de algun tiempo se irán llenando las trojes del Padre de familia. Son tantos los obstáculos que se oponen á la conversion de las almas, que sólo la omnipotencia de Dios es capaz de romperlos y desbaratarlos.

«Los cristianos, generalmente hablando, cumplen con sus obligaciones, sí bien es verdad que no faltan defecciones, siendo esta una de las causas por la cual nos vamos muy despacio en administrar el santo Bautismo á los catecúmenos, haciéndoles pasar antes por largo tiempo de prueba, pues más vale poco y bueno que mucho y malo. El trabajo del misionero no sólo es extender la fe entre los gentiles, sino conservar lo adquirido; y esto cuesta no pocos sinsabores y disgustos;

pues como acaban de salir del gentilismo, se ven rodeados por todas partes de malos ejemplos, con facilidad se hastían del maná, y suspiran por las groseras viandas de Egipto.

«En la actualidad nuestros humildes trabajos se extienden á la periferia de cinco jornadas, empezando por el Este, bajando despues al Sur, y subiendo luego al Norte, contando sólo con tres Padres europeos, y un indígena tambien dominico ya bastante viejo y enfermo; así es que estamos faltos de personal, esperando con ansia que venga á ayudarnos, cuanto antes sea posible, algun sacerdote jóven.

«Tambien tenemos en la actualidad varios catacúmenos que ya en una residencia ya en otra se van preparando para el santo Bautismo.»

Su-tchuen oriental (China).—El Rdo. Augusto Dagny, misionero, escribe recientemente desde Kiang-tsín:

«Este año he ido á celebrar en compañía de uno de mis compañeros la fiesta de la Asuncion. Su oratorio puede contener mil personas. Como las estaciones de su distrito son poco distantes y su grey está compuesta de cristianos antiguos, hubo grande concurrencia. Llevé una custodia, y esto nos permitió por la tarde dar la bendicion solemne con acompañamiento de música, quiero decir que ambos cantámos las oraciones litúrgicas mezcladas con cantos chinos. Despues de la bendicion entonámos un himno al sagrado Corazon... Nunca los cristianos habian asistido á semejante fiesta...

«Me preguntais en una de vuestras cartas cómo se casan nuestros neófitos en ausencia del misionero. Puedo satisfacerlos diciéndoos que no se casan sin tambores ni trompetas, pues no pueden faltar en una ceremonia china, como tampoco los címbalos, tam-tams, petardos y cañones. Además de esto, se preparan al casamiento con la oracion y excitándose á la contricion perfecta. En el día designado, llevan á la novia en palanquin rojo á la morada de su futuro. Seguida en gran pompa por su dote, consistente en vestidos, vajilla, etc., llega á la casa en que la espera su nueva familia vestida de fiesta, los hombres á la izquierda y las mujeres á la derecha, en pié frente al altar, iluminado y con imágenes. Dos de los más próximos parientes abren el palanquin, é introducen en el centro de la sala á la jóven, que baja su cabeza cubierta con un velo, de manera que apenas se le puede ver el rostro; durante este tiempo toca la música, y luego un maestro de ceremonias grita:

«—¡Que los nuevos esposos vengán en medio de la sala para adorar á Dios!

«Otro añade:

«—¡Inclinaos! ¡De rodillas! ¡Adorad á un solo soberano Dios! ¡La frente hasta el suelo! ¡Adorad á Dios en tres personas! ¡Que se lea el acta del casamiento!

«Entonces léese en alta voz:

«El... día de la... luna del reinado del emperador Kuang-Su, me atrevo á anunciar en presencia de la santísima Trinidad, Padré, Hijo y Espíritu Santo, Dios Todopoderoso, esencialmente espíritu, que hizo de la nada el cielo, la tierra, los hombres y todas las cosas, que en el principio del mundo creó á nuestros primeros padres é instituyó el matrimonio como la primera de las cinco relaciones, matrimonio que nuestro Señor Jesucristo elevó á la dignidad de Sacramento, representando el amor admirable del Salvador y de su Igle

sia; que N..., habiendo cumplido la formalidad de los esponsales con N..., de la familia N..., en este día de su casamiento, me atrevo á declarar ante Dios, que uno y otra, con un solo corazón y una sola voluntad, desean verdaderamente unirse hasta la muerte como marido y mujer. Postrados pedimos al Altísimo se digne confirmar su voluntad y bendecirles, concediéndoles la dicha, la paz y la obediencia á sus leyes, á fin de que puedan alabarle por toda la eternidad. Amen.»

«—¡En pié! exclama entonces el maestro de ceremonias. Que ambos esposos, volviéndose el uno hácia el otro, se saluden á fin de manifestar su consentimiento.

«Entonces el novio, inclinándose, junta las manos ante el pecho, las levanta hasta los ojos, y luego las baja y deja caer á cada lado. La jóven se inclina también frente por frente, cruza ambos brazos sobre el pecho, y agitándolos un poco, los deja caer.

«Este es el modo de saludarse los chinos, y así es como los esposos declaran su consentimiento. Hecho esto, volviéndose todos hácia el altar, cantan una oración á la santísima Trinidad, el *Credo*, el Salmo cxxviii: *Bienaventurado el hombre que teme al Señor...*, y concluidas las oraciones toca la música. Luego un maestro de ceremonias grita:

«—¡Levántense los nuevos esposos! ¡Atencion! ¡Inclinaos! Adorar las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo: ¡primera postracion! segunda! tercera! cuarta! ¡En pié!

«Cumplido esto, queda terminada la ceremonia religiosa: el esposo va á comer con los hombres y la esposa con las mujeres: continúa tocando la música, pero no hay danza: con los diminutos piés de estas damas el baile seria difícil.

«Cuando está ausente el misionero, limitanse á las ceremonias que acabo de describir, y en su próxima visita, sin hacer renovar el consentimiento, celebra la misa de velacion y da la bendicion nupcial. Pero como gracias al Señor somos en bastante número hoy día, podemos bendecir todos los casamientos.

«Habiendo ido á visitar á un enfermo, á mi regreso á la estacion una buena cristiana, la anciana Lo, me dijo gozosa:

«—Padre, hay que administrar un bautismo. Nos han traído una niña envuelta en un trapo, diciendo que, si no la queríamos, iban á echarla en las inmundicias del muladar. Yo he creído que el Padre estaria contento de hacer tan buena obra.

«Bauticé á la pobrecita, dándole por patrona santa Ana, y prometí 40 sapecas (2 pesetas) mensuales á la mujer que la cria.

«¡Oh! si tuviese el dinero que se echa á perder en Europa, pudiera fundar un huerfanato y recoger centenares de esos angelitos de Dios, que desaparecen á millares; lo más comun aquí es ahogarlos así que nacen sumergiéndoles de cabeza en un cubo ó golpeándolos contra el suelo como se haria con un animal inmundo.

«Todos mis cristianos me proporcionan dulces consuelos: en las festividades de la Ascension, de Pentecostes y del *Corpus Christi* tuve 220 confesiones, más de 150 comuniones y 8 bautismos de adultos.»

Tong-King central (Anam).—En una carta del Padre Anselmo Foronda leemos las siguientes consoladoras noticias:

«El fervor y exactitud de los cristianos del partido de

Trun-lao en cumplir con sus deberes religiosos, nada dejan que desear al misionero. La administracion de este pueblo comenzó con los santos ejercicios el Miércoles de Ceniza, los que continuaron hasta el Domingo de Ramos. A pesar de ser tan prolongados y de estar tan cargados con oracion mental, y con su rezo interminable y á propósito para estos buenos tunquinos rezadores, noté que todos los días y á todas horas del ejercicio estaba esta iglesia, que es bastante capaz, atestada de gente. Concluidos los ejercicios en comun, que les llevaban tan gran parte del día, muchísimos se quedaban aún en la iglesia para sus devociones particulares, los que despues se excitaban al arrepentimiento de sus culpas, llorando á voz en grito, y juntando los días con las noches entre lágrimas y sollozos. Y algunos despues de pasar ocho ó diez días en estos ejercicios, no creyéndose suficientemente dispuestos, los prolongaban dos y tres semanas, y entonces se acercaban á pedir la absolucion de sus pecados. En medio de esta tarea pasé toda la Cuaresma; y aunque las voces eran tan desentonadas nada me molestaban, pues sabia que eran agradables á Dios nuestro Señor. Apenas pasaron los cinco ó seis primeros días de ejercicios, se presentaron los principales del pueblo, con edificacion de todos, á limpiar sus conciencias en el sacramento de la Penitencia, y despues me ayudaron en el oficio de catequistas.

«Concluida la administracion en este pueblo, pasé á Nam-lang, que es mitad cristiano y mitad infiel. Aquí hice los oficios de Semana Santa con la mayor solemnidad posible, porque esperaba que muchos infieles asistieran, y viendo las escenas conmovedoras que la Iglesia conmemora en esos días tan santos, y que en Tong-King se representan al vivo, quizá se moviesen algunos á abrazar la religion del Crucificado. Y siendo cierto que la fe entra por los sentidos, aquí es una verdad que se palpa, pues muchas veces les mueve más una ceremonia insignificante, que cuantos sermones puedan predicárseles. Terminadas las fiestas de Semana Santa, comencé la administracion de dicho pueblo, cuyos cristianos se esmeran en observar la Religion con un fervor admirable, y nada dejan que desear. No sucede esto con los infieles, que siguen tan tranquilos con sus estúpidas supersticiones, sin que haya poder humano para romper el velo que les impide ver la luz. No quiero decir con esto que en todo este año no haya habido ninguno que, despreciando el abominable culto de sus ídolos, haya abrazado nuestra santa Religion; pues durante él he podido reengendrar con las aguas del Bautismo á 22 adultos; pero esto no basta para llenar de alegría el corazón del misionero, que quisiera que todo el mundo conociese y adorase la Cruz del Redentor. Pero para esto poco valen nuestros esfuerzos, pues todo es obra del Padre de las luces; así que también se necesitan oraciones, para que Él se digne iluminarlos y traerlos al redil de su Hijo Jesucristo.»

Africa central.—El Ilmo. Francisco Sogaro, nuevo vicario apostólico del Africa central, escribe desde el Cairo el día 26 de enero último á los directores de la *Obra de la propagacion de la fe*:

«En el momento de partir para el Sudan, permitidme que os transmita la expresion de mi más vivo agradecimiento por la simpatía que demostrais á mi difícil Mision.

«Estando interrumpidas las comunicaciones con el

Dar-Nuba y el Kordofan, hace ya algunos meses que carecemos de noticias de los misioneros de Delen y de El-Obeid. Por vías indirectas hemos sabido que estos últimos están sitiados en su capital por las bandas del Mahdí (falso profeta). Respecto á los demás, las comunicaciones oficiales nos causan las mayores inquietudes: reducidos á una extrema miseria, intentaron, á lo que parece, pasar al Kordofan, en número de siete personas, esto es, dos Sacerdotes, dos Hermanos y tres Religiosos, y detenidos por los soldados del Mahdí, se les intimó bajo las más terribles amenazas, que apostatasen de nuestra santa religion. ¿Son vivos ó muertos? ¿Languidecen entre cadenas, ó han entregado ya al Señor sus benditas almas? Lo ignoro; pero nos apresuraremos á daros las primeras noticias que recibamos de la suerte que les ha cabido á nuestros amadísimos compañeros.»

COSTA ORIENTAL DE AFRICA.

VIAJE EN EL UDOÉ Y EL USIGUA.

IV.

TERMINADA la ceremonia de fraternizacion, Bwambwara se adelantó hacia nosotros, y nos dijo: —Ahora sé que no pensais mal, y soy feliz. Venid conmigo; recorreremos el país, y escogeréis lo que os convenga.

Este hombre me pareció entonces enteramente cambiado.

Aprovechando el ofrecimiento, partimos desde luego para visitar al Oeste el río Kikula y el valle que riega. Este río, afluente del Wami, es rapidísimo y caudaloso en la estación de las lluvias; viene del Norte, y toma su origen entre los picos del Kilima-Mganga (montaña del hechicero) y el Kilima-Zambi (montaña del crimen), barreras naturales que se levantan entre el Usigua y el país de muy mala fama de los Wakawafi y de los Wakamba. Su caudal, que corre á través de los peñascos de cuarzo y de asperon, es límpido y poblado de peces; las rocas están cubiertas de anchas ostras nacaradas y de enormes almejas: en nuestra presencia los hombres que nos acompañan cogen anguilas y pescados semejantes á los sollos. El valle del Kikula es de vegetación espléndida é increíble fertilidad. A gran distancia unas de otras se ven aldeas en la cumbre de las colinas ú ocultas en las malezas de la llanura. Nos parece conveniente establecernos en las orillas de este río, y hemos estudiado un sitio que parece á propósito, á dos leguas del camino de las caravanas que vienen de Sadani ó que allí se dirigen, y en las alturas llamadas Hessoswé. El terreno no escasea ciertamente, y pudieran aquí formarse hermosas poblaciones. En el bosque abundan las maderas de construcción, y en las canteras se advierte mucho hierro; y otro mineral más pesado, más duro y menos brillante, cuya composición no me ha sido posible reconocer, se encuentra en grandes trozos entre las peñas de cuarzo blanco, destacando sus masas blancas: á primera vista creí haber encontrado una mina de carbon de piedra.

Después de fijar el emplazamiento de la estación futura, regresamos á nuestro campo, é hicimos los preparativos de marcha para el día siguiente, pues el

domingo inmediato debíamos hallarnos en Mhonda. Ofrecí, pues, algunos regalos á mi viejo «hermano» Bwambwara y á sus hijos, como piezas de tela, un gorro de jefe y objetos de vidrio, recibiendo en cambio un buen carnero y arroz para nuestra gente: luego partimos del pueblo con la esperanza de volver pronto y de plantar la cruz en las alturas que lo rodean. Supliqué á Kingaru, quien ya no podía sernos útil por entonces, que se volviese á sus tierras, y nuestra caravana se dirigió hacia el Norte, acompañado de Bwambwara y de uno de sus hombres para servirnos de guía. Al cabo de dos horas tomamos la dirección del Noroeste y cruzamos el Kikula. Aquí el anciano jefe se despidió, prodigándonos las demostraciones de su fraternal afecto, y nos dice que al volver encontraremos para nosotros una cabaña edificada en un terreno desbrozado: he sabido después que se trabaja en efecto para nuestra instalación y que se nos espera con alguna impaciencia.

Nosotros, prosiguiendo la marcha, cruzamos bosques y altas hierbas, de donde salen á cada momento rebaños de cabras y antílopes. A trechos advertimos cercados contruidos con ramas, habiendo practicadas pequeñas salidas, y en el interior una ligera capa de hojas cubre profundos fosos. ¡Desdichada la fiera que se aventura en estos parajes! En el flanco y cumbre de las montañas llaman nuestra atención enormes trozos de cuarzo blanco y asperon sobre los cuales brillan á los rayos del sol buenas placas de mica: detrás se levantan peñascos enteramente negros, muy duros y del que apenas podemos desprender algunas particillas á hachazos. Después de un breve alto frente un pueblo fortificado, Pafé, cuyos habitantes huyen á nuestra aproximación á pesar de las voces que damos para tranquilizarles, llenamos nuestros calabacinos en una balsa de agua hedionda, y nos dirigimos al Norte de Matonga por el camino de las caravanas, que alcanzamos á la una de la tarde, y se extiende á través de una gran llanura cuyo suelo, formado de una capa impermeable, está cubierto de agua durante la estación de las lluvias, y que en la estación seca ofrece desoladora aridez. Toda la vegetación se compone de débiles hierbas, de algunos árboles desmedrados y de grupos bastante numerosos de *acacia-horrida*, cuyas hojas vienen á pacer las girafas. Mas ¡cuán penosa es la marcha bajo este cielo de plomo! Felizmente tenemos la buena fortuna de hallar en un peñasco aislado, de ocho á diez metros de altura por un centenar de ancho, un aliso bajo el que hay agua límpida y fresca cuya presencia saludamos con delicia. Desayunamos aquí, y ningún incidente se nos ofrece hasta Mseré, junto el Wami, á donde llegamos á las cuatro. Con todo, al pasar entre dos enormes peñas en el Kilima-Nyani (montaña del mono), dos prolongados rugidos nos advirtieron que no estábamos solos en aquel triste cantón.

Llegada la noche, me dirigí con el P. Hacquard á rezar el breviario junto al río, á cuyas orillas me atraía por otra parte un recuerdo personal: allí era donde, cinco años antes, estuve para caer en los dientes de un cocodrilo, que me había sorprendido en los cañaverales cuando me proponía fotografiar un resto de puente de bejucos. Por dicha no se me pudo llevar sino un giron de mi sotana. ¡Débil desayuno!

A la mañana siguiente proseguimos nuestro camino por una planicie selvática y pantanosa, en donde nos encontramos con una caravana de Wanyamuezis carga-

dos de marfil, y allí fuí víctima de un accidente singular. Acosado por la sed, tomé el calabacino que traía en la faltriquera, y despues de limpiarlo rápidamente, bebí un poco de agua; en el mismo instante experimenté cierto malestar, y al cabo de diez minutos tuve violentos vómitos, como si hubiese tomado una fuerte dosis de emético. El acceso duró un cuarto de hora. ¿Cuál era la causa de esta aventura? Simplemente una ramita que, para excitar á mi cabalgadura, habia arrancado de paso á un arbusto seco. Los vestigios dejados en el calabacino por la mano que le tuvo, fueron suficientes para determinar los inesperados vómitos. Lástima fué haber echado las ramas entre las hierbas y perdido de vista el arbusto de donde le habia tomado. A encontrarla de nuevo, contaríamos con un vomitivo

que reemplazaria ventajosa y económicamente á los de que dispone la farmacia de la Mision.

Tras un breve alto en Kidudwé, pueblo importante, á la sazón de riguroso luto por la reciente muerte de su jefe, nos dirigimos hácia el Walé, rio que se confunde en el Wami á corta distancia de allí, y que tiene su origen entre los picos de Mganga. Riega muchos pueblos edificados en sus orillas, y recibe gran número de torrentes que, durante la estacion de las lluvias, descienden con estrépito del Nguru, arrastrando en su curso árboles y peñascos. Las bargas de este rio son elevadas, y en la *maçika* (estacion lluviosa) no tiene un solo vado practicable. Respecto á nosotros en la época en que viajábamos pudimos pasar sin dificultad con agua hasta la cintura. Una marcha forzada á través de los



ZANGUEBAR (Africa oriental).—Puente de bejucos sobre el Wamé. (Pág. 78).

senderos del monte y bajo una copiosa lluvia, nos condujo en seguida hasta el Mhonda, en donde nuestra llegada el sábado por la tarde sorprendió agradablemente á la reducida colonia cristiana.

La Mision de Mhonda está establecida junto al Nguru, en una posicion magnífica. Por doquiera los montes suceden á los montes, ocultando en sus flancos aldeas de 10, 15 y 20 cabañas, y mostrando ora rocas peladas, ora bosques en los que se encuentra abundante madera de construccion, ora malezas en las que crecen confundidos los helechos, las ananas, los bananos, las batatas, los frambuesos y la vid silvestre. A 30 metros de la Mision pasa el Kulula que va á echarse en el Walé, y cuya agua clara, fresca y deliciosa no es el menor de los encantos del lugar. Este torrente nunca ca-

rece de agua, y su caudal, débil durante la estacion seca, es poderoso en la estacion de las lluvias, y arrastra con espantoso estrépito las peñas que desprende de la montaña.

A lo lejos la vista se recrea deliciosamente en la llanura de Kidudwé. Por la mañana se forma en la parte baja una neblina, que se extiende y cubre todo el valle, mientras que los rayos del sol se esfuerzan por penetrarla, produciendo á veces hermosísimos efectos; las nubes suben incesantemente, se meten entre las gargantas, y en breve invaden todo el Nguru. A las ocho el sol triunfa, los vapores se disipan, y hasta las tres ó las cuatro de la tarde el calor es insuportable. Entonces el sol desaparece á su turno tras los montes, y la velada es fresca y la noche casi fria.

Aquí es donde el P. Horner quiso establecer hace ya algunos años una Mision, que dedicó al sagrado Corazon de Jesús. Echado en estas alturas con la esperanza de que llegaría á ser un frondoso árbol, ese grano de mostaza ha arrostrado ya rudas tempestades. El Padre encargado de la fundacion de esta estacion nueva, se vió obligado á regresar á su país á fin de restablecer su salud quebrantada por las fatigas y privaciones, y el año último murió en ella un Hermano.

Poco tiempo despues algunos jefes subalternos ambiciosos y turbulentos, llenos de envidia por la importancia que nuestra presencia daba á Gosso, jefe de Mhonda, hombre inteligente y nuestro decidido protector, se pusieron en pié de guerra, dirigiéndose contra nosotros... Felizmente, á petición del cónsul de Francia, el sultan de Zanzíbar envió soldados para restablecer la paz entre los jefes. Consiguióse esto, pero una noche el fuego destruyó nuestro almacén y algunas de nuestras cabañas, devorando en breves horas todas las provisiones del año, y más tarde nuestro valiente amigo Gosso perdió la vida en una emboscada. Tenia ya conocimiento de los principios de nuestra santa religion, y confiamos que su ardiente deseo de recibir el bautismo ha hecho de él en la patria celeste el primer elegido y el primer protector de la Mision de Mhonda. Gosso no tiene aún sucesor: cada dia se va á llorar junto á su sepulcro, y se aguarda el fin del luto para nombrar otro jefe.

Entre tanto esta estacion empieza á dar algunos consuelos á los misioneros. Existe una aldea cristiana que ejerce ya grande influencia en muchas leguas á la redonda: además de las excursiones y visitas que hace el P. Machon, superior de la Mision, y que nunca son infructuosas, muchos paganos asisten todos los dias al catecismo y se hacen instruir, encontrándoseles siempre en los Oficios todos los domingos y dias festivos.

Durante mi permanencia en Mhonda he tenido el consuelo de dar la confirmacion á siete adultos. Con objeto de prepararles á recibir bien este Sacramento, dispusimos para ellos unos ejercicios, en los que tomaron parte todos los cristianos del pueblo. El dia de la ceremonia, fiesta de la Purificacion de la santísima Virgen, acudieron los paganos, aprobando con el gesto y la voz lo que se hacia y decia, y explicando á su manera el sentido de las ceremonias que veian. Gran desdicha es

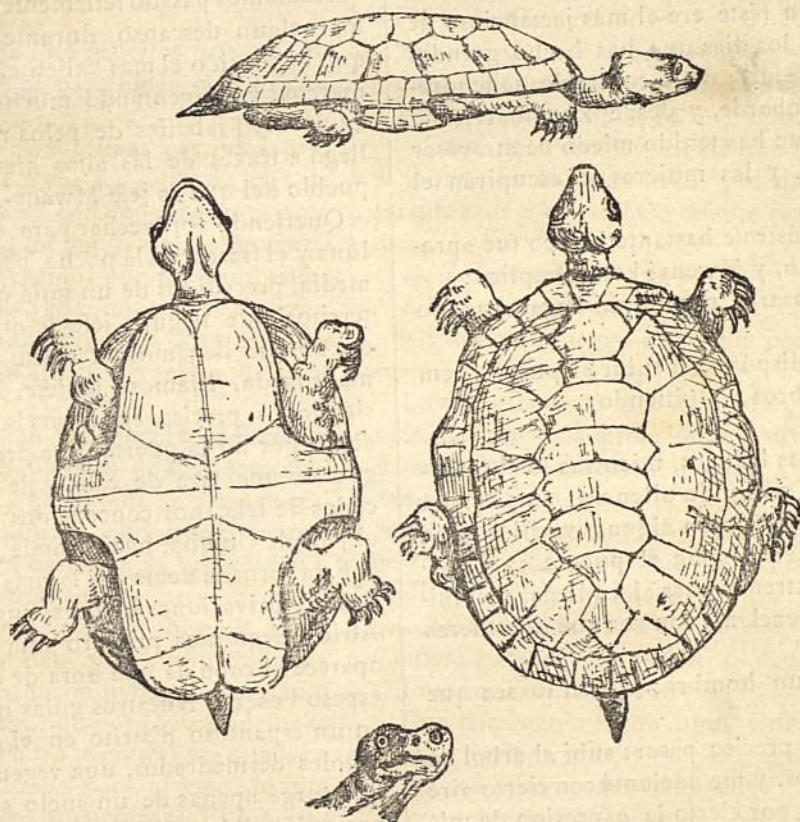
que no podamos dar á las solemnidades religiosas todo el brillo conveniente: faltan ornamentos, y el estado de la capilla es deplorable. Los insectos, que todo lo devoran en este país, han roído su maderamen, y el viento la ha casi arruinado. Esta capilla no es la torre inclinada de Pisa, pero la excede en que su inclinacion es aún mayor. Actualmente los misioneros trabajan con ahinco para levantar otro santuario más sólido, digno y conveniente. ¡Cuánto siento carecer de los recursos necesarios para acudir en su auxilio! No es un monumento ni mucho menos lo que quieren construir; pero esta iglesia es la primera y única dedicada al sagrado Corazon de Jesús en este inmenso país y en estas montañas salvajes, y quisieran que fuese algo digna de Él. Cristianos é idólatras reunen ya piedras y van á buscar árboles: ahora toca á las almas generosas de Europa el secundarnos con su óbolo.

Durante nuestra permanencia en Mhonda recibimos la visita de diferentes jefes de las cercanías. De una y otra parte hubo mucho cambio de cumplimientos y regalos; sin embargo, no pudimos felicitar por su conducta á uno de ellos, Madchinja, del Kidudwé, que acababa de quemar vivos á dos hombres designados por los hechiceros como autores de la muerte de Makumulo, su hermano: el único maleficio que le habia quitado la vida era la vejez.

El 8 de febrero, despues de despedirnos de los misioneros y de los cristianos, proseguimos nuestra marcha,

con designio de visitar á Simba-Mwené (Leona soberana), reina del Usigua, establecida al pié de los montes del Uruguru, al Sur de Mhonda. Despues de cruzar de nuevo el Walé y alcanzar el camino de las caravanas, que abandonamos luego, pudimos, á pesar de un fuerte acceso de fiebre en que recayó el P. Hacquard, llegar hasta el rio de Mkindo, afluente del Wamé, y acampar en un pueblecito del mismo nombre, cuyo jefe, Mangote, nos recibió muy bien. A las seis de la mañana siguiente pasamos el rio con agua hasta la cintura, y tras dos horas de marcha por una llanura cubierta de vegetacion espléndida, llegamos á Wamé, ancho y hermoso rio que era preciso atravesar; pero ¿cómo?

Cierto que habia allí un puente; pero cada uno de nosotros al verlo, debió decirse que más bien parecia hecho para echar los pasajeros al agua que para permitir el traslado de una á otra margen. Dos gruesos be-



ZANGUEBAR.—Pequeñas tortugas de agua dulce (tamaño natural). (Pág. 79.)

jucos que se dirigen paralelamente al través del río y unen ambas orillas, están mantenidos á igual distancia uno de otro por algunos palos, y enama, en el sentido de la longitud, hay dispuestas pequeñas varillas que forman el piso del puente. Otros dos bejucos, sujetos por dos extremos á las ramas de los árboles, y sostenidos también por otros, que descienden de arriba, sirven de guarda-lados. Tal es este puente aéreo: por encima pasan los hombres; y debajo, los cocodrilos los están mirando: un bejuco los separa. (V. la pág. 76).

Al llegar allí los bagajeros dejan en el suelo los paquetes, tienen consejo, y acaban por decirme:

—Los bejucos están consumidos, y no podemos subir á los árboles con tanto peso. No somos aves para ir por este puente. Maestro, nosotros no pasamos...

A la verdad, no estaba yo más tranquilo que ellos; pero ¿qué hacer? Era imposible volver atrás. Así es que después de improvisar toda suerte de arengas, terminé la última diciendo:

—Tú, Mwenyi-kondo (éste era el más jactancioso de todos), nos dices todos los días que has hecho grandes cosas; si pasas, te creeremos; de lo contrario, te tendremos por embustero y cobarde, y desde Zanzíbar hasta el Tanganika se dirá que has tenido miedo de atravesar un río sobre su puente, y las mujeres te escupirán el rostro.

Por fortuna este apóstrofe bastante brusco fué aprobado por todo el mundo, y Mwenyi-kondo replicó:

—Soy hombre, y pasaré; pero si mi bagaje cae, no respondo de él.

El pobre muchacho dispúsose á subir al puente, temblando todos sus miembros y repitiendo:

—No tengo miedo!

Llega á los tan temidos bejucos, mientras los bagajeros le contemplaban en profundo silencio: empiezan á oírse crujidos, y rómpense y caen algunas varillas: cada paso que da nuestro héroe pone el puente en movimiento de uno á otro extremo; mas al fin llega, y dominado aún por el terror, exclama con voz que se esfuerza por hacer vigorosa:

—Mwenyi-kondo es un hombre; ¡quien lo sea que le siga!

Llegó mi turno, y fué preciso pasar: subí al árbol de donde partían los bejucos, y me adelanté con cierto aire de intrepidez que no era por cierto la expresión de mis disposiciones interiores. En efecto, no habiendo tenido la precaución de descalzarme, resbalé cinco ó seis veces, y habiendo además intentado sostenerme por medio de los bejucos que hacían de guarda-lados, pronto me apercibí que se desviaban de tal suerte, que estuvieron á punto de hacerme perder el equilibrio y echarme en el río; con todo, después de haber hecho la mitad del camino á pié y lo demás de rodillas, pude llegar al lado opuesto. El P. Hacquard se aprovechó de la experiencia adquirida á mi costa, y fué en breve seguido de toda la caravana; no sin que algunos bagajeros dieran una propina á un camarada más valiente para que les transportase la carga.

¡Quedaba el asno, y éste fué el viajero más difícil de convencer! Desde la orilla, á donde habíamos llegado, procurábamos hacer pasar á la opuesta una cuerda por el puente; mas los árboles y las malezas lo impidieron. Una piedra atada á un bramante que estaba sujeto á la cuerda fué lanzada repetidas veces á la otra orilla, pero no llegó. Luego cargamos la cuerda en un fusil, mas

este medio extremo no tuvo mejor resultado que los precedentes. Por fin un negro del distrito, á quien habíamos pagado el derecho de pasaje, se ofreció á pasar el río á nado con la cuerda y repararlo con el asno, todo mediante 2 *dotis* (16 codos de tela).

—Pero ¿y los cocodrilos? le dijimos.

—No los temo: cuando terminé este puente hice alianza con ellos, y desde entonces nunca nos hemos causado el menor daño...

Y sin añadir palabra se precipita en el río, moviendo no poco estrépito con los brazos y piernas, mientras que nosotros hacíamos descargas de fusil para asustar á aquellos monstruosos amigos. Llega, ata la cuerda al cuello del asno, lo lanza al agua, y nosotros lo recibimos y levantamos luego, y si bien se nos escurre, reaparece al instante, algo aturdido y fresco, y no obstante dispuesto á continuar la marcha como si saliese de un baño apetecido.

Habíamos pasado felizmente el puente. Después de tomar algún descanso, durante el que cada uno probó que había sido el más valiente, la caravana prosiguió la marcha, y ahuyentando muchos rebaños de antílopes y de *nghiri* (jabalíes de pelos rojos y fuertes colmillos), llegó á través de las altas hierbas y de los bosques, al pueblo del que es jefe Mwana-Mule.

Queriendo aprovechar para el viaje la claridad de la luna y el frescor de la noche, partimos de allí á las doce y media, precedidos de un guía que debía conducirnos al territorio de Kiguti, jefe de otro pueblo bien fortificado, al que llegamos en efecto á las tres y media de la madrugada. Llamóse al jefe, quien se negó á abrir, siéndonos preciso aguardar la luz del día. A las seis abren por fin la puerta, y se presenta el jefe, que acepta gustoso una taza de café, y de mala gana, mediante 16 codos de tela, nos concede dos guías para conducirnos al país de Gombo, hacia donde partimos á las siete.

Esta jornada debía ser la más penosa, y de contrariedades y privaciones atroces, una verdadera jornada de África. Seguimos primero una angosta senda que desaparece al cabo de una hora de camino, en medio de un espeso bosque. Nuestros guías nos introducen entonces en un espantoso distrito en el que sólo se encuentran árboles desmedrados, una vegetación mezquina y triste que surge apenas de un suelo seco, acacias de toda especie, horribles malezas, bejucos espinosos, y como si no bastasen los árboles para ejercitar la paciencia del viajero, hasta las hojas de ciertas hierbas están armadas en su parte inferior de pequeñas puntas, en forma de uñas de gato, que destrozan los hábitos, causando en piernas y manos dolorosas picaduras. ¡Oh! ¡quién nos diera los espinos de Europa, los cambrones y las ortigas!.... Aquí ni siquiera hay camino: sólo algunas huellas de animales salvajes nos permiten seguir adelante; pero con harta frecuencia, después de divagar á la ventura nos vemos obligados á retroceder. De vez en cuando divisamos rebaños de girafas, de cebras, de antílopes y búfalos, y aún advertimos pisadas de elefante; pero nadie se siente con valor para perseguir á estos animales. Antes del medio día el sol es ardentísimo; y los bagajeros, fatigados y rendidos de sed, buscan agua en todos los baches, sin encontrarla en ninguna parte. En breve los guías nos declaran que no quieren ir más lejos, por temor de no poder regresar antes de la noche y de ser sorprendidos en el bosque.

—Por lo demás, añaden, sólo teneis que dirigiros há-

cia la montaña que veis al frente, y luego llegaréis al término de vuestro camino.

Persuadidos como ellos de su inutilidad, los dejamos partir y apresuramos el paso para llegar lo más pronto posible al punto indicado; pero, cuanto más andamos más parece que retrocede ante nosotros. A las tres los bagajeros declaran que no pueden más, que mueren de sed y que no les es posible ir adelante.

Nos detenemos á la sombra de algunos grupos de árboles mezquinos, y casualmente encuentro entre las hierbas una especie de acedera y vides silvestres: algunos mastican sus hojas, y otros ni esto pueden hacer, hasta tal punto está seca su boca. Quedaban aún cerca de tres vasos de agua en mi calabacino: doy un sorbo á los más sedientos, y continuamos la marcha. Mas en breve los portadores, uno tras otro deponen sus fardos, se tienden en la hierba y allí se quedan.

—Tened un poco de paciencia, les decimos: vamos adelante á buscaros agua.

—Para encontrarla, repone uno de ellos que en otro tiempo había sido esclavo en el país, teneis que atravesar seis montañas y seis valles.

En esta desconsoladora perspectiva, partimos á la descubierta el P. Hacquard y yo, seguidos de tres de nuestros cristianos. Andamos, andamos siempre, procurando engañar nuestra sed tomando algunas gotas de aguardiente. Extenuados, llegamos por fin á un vallecito en que la vegetación más verde nos parece de buen augurio, y en efecto, hallamos entre peñascos una excavación natural llena de agua límpida y fresca. ¡Agua, agua! ¡Tenemos ya agua!

Satisfacemos nuestra sed con inexplicable delicia, y hacemos en seguida algunos disparos de fusil para advertir á nuestros hombres que vamos á socorrerles. Inmediatamente llenamos todos los vasos que traíamos, y nuestros tres bagajeros van en busca de los restantes. El primero á quien encontraron fué un catecúmeno recientemente rescatado de la esclavitud por el P. Hacquard con una pequeña cantidad que reunió coleccionando insectos: el pobre muchacho había andado tanto como le fué posible, pero rendido por el cansancio, se tendió bajo un arbusto. El Padre le confió un calabacino lleno de agua, que guardaba para el caso de que nuestras investigaciones fuesen infructuosas. El muchacho, que desfallecía de sed, conservaba intacto el calabacino. Despues le hemos bautizado con el nombre de Pedro.

De seis á siete todos nuestros hombres se nos reunieron al rededor del estanque, y cada uno bebió á largos sorbos esa agua que tanto se desdénia á veces, pero que nada reemplaza, y cuyo valor yo mismo raras veces he apreciado tanto como aquel día terrible. En dicho estanque hallámos tambien tortuguillas planas, vivas y ligeras, que segun me dicen no exceden nunca del tamaño de una moneda de cinco pesetas. (V. el grabado de la pág. 77). Llevé siete de ellas á Bagamoyo; viven desde entonces en un depósito de agua, y comen con mucha avidez pedacitos de carne cruda que les doy de vez en cuando.

Hubiéramos cogido otras, mas parece que son el *genio de la fuente*, y los habitantes del inmediato pueblo de Gombo, que es precisamente el que buscábamos, descendiendo armados y dando grandes voces, nos advirtieron pronto que teníamos que estar alerta. Les tranquilizámos fácilmente, y su jefe nos dispensó bené-

vola acogida. Por lo demás, nadie se mostró exigente. Despues de descargar los bagajes en una cabaña, cada cual se tendió en el suelo como un pedazo de plomo, sin cuidarse siquiera de tomar alimento. Los portadores suelen conversar hasta adelantada la noche, mas en la de este día, se guardó silencio como en un convento de carmelitas.

El día siguiente se levantó el sol como de costumbre, pero no para nuestros hombres.

—Maestro, decian, de ningun modo podemos partir hoy, pues perderíamos nuestros miembros por el camino.

A la verdad, nosotros estábamos tan cansados como ellos, y aprovechámos la lluvia que cayó toda la mañana para tomar algun descanso. A las dos y media de la tarde partímos, y despues de cruzar hermosos valles, fértiles y cultivados, bosquecillos naturales y el Ughe-ringheré, y luego el Mragoro, llegámos por fin al país de Mwana-Gomera.

Si en el Usigua hubiese ruelas y cetros, podria decirse que el cetro se ha convertido en ruela, pues Simba-Mwené es reina de todo el Usigua, y Mwana-Gomera es su marido. Pero ¡ay! desde que la discordia entró en el mundo ha ido muy lejos, y dista mucho de estar tejida de seda y oro el lazo de esta real pareja. La mujer decia:

—¡Yo soy reina!

A lo que contestaba el marido:

—Puesto que tengo una reina por esposa, yo debo ser rey.

La querella duró mucho tiempo, y nadie puede figurarse cuántas recriminaciones se cruzaron, cuántos malos ejemplos se dieron al pueblo y cuántos vasos rotos hubo en el menaje. A la postre el sultan de Zanzíbar fué llamado como árbitro, y decretó la separación de personas y bienes, sin que ni uno ni otro de los esposos pudiesen contraer nueva alianza; que Simba-Mwené quedaria siempre reina, y bajo su autoridad, Mwana-Gomera gobernaria un distrito. Desde entonces han cesado todos los disturbios.

Este jefe cuenta ahora unos cincuenta años, le place mucho hablar y reir, y cada día ahoga sus disgustos pasados con sendos vasos de *pombé*.

EFEMÉRIDE.

19 FEBRERO 1858.—Muere en Dubuque (Iowa), el Ilmo. Matias Loras, primer obispo de esta ciudad.

Nació en Lyon el mes de julio de 1792, y perteneció á la Sociedad de misioneros diocesanos. El 1.º de noviembre de 1829 se embarcó en el Havre con el Ilmo. Portier, posteriormente elevado á la Silla de Mobile (Alabama).

Ocho años de apostolado en las Floridas le merecieron la atención y los votos del primer concilio de Baltimore, que le designó á la elección del Soberano Pontífice para fundar la diócesis de Dubuque. Recibió la consagración episcopal en 28 de julio de 1837, en la catedral de Nueva-York, y partió para Europa, donde despues de reunir algunos misioneros, fué á Dubuque el 17 de abril de 1839.

«Desde entonces, leemos en una noticia publicada á la muerte del Ilmo. Loras, la vida del Prelado, consa-

grada á la creacion de establecimientos religiosos, al cuidado de los emigrantes católicos y á la evangelizacion de las tribus indias, se consumió en esta triple tarea con tanto éxito como perseverante energía. Al llegar á su diócesis el Prelado sólo encontró en ella una iglesia apenas terminada, y hé aquí que deja, como recuerdos y como beneficios de su prudente administracion, 60 iglesias, 47 capillas, 9 comunidades religiosas, 7 pensionados y 48 sacerdotes para una poblacion de más de 54,000 católicos. Una carrera tan llena no cesó de ser activa hasta la última hora; y la muerte, en cierto modo, cogió al Prelado en pie, pues la víspera del 19 de febrero celebró aún la santa Misa. Sus funerales han sido un verdadero triunfo para la Religion, de la que era venerable ministro. La poblacion entera de Dubuque pagó un legítimo tributo de homenajes á su piadoso Obispo. Protestantes y católicos parecían decir, con su recogimiento y su concurso, que sus grandes virtudes le habian captado el aprecio de todos.»

NECROLOGÍAS.

Suiza.—El 17 de mayo de 1882 murió á la edad de setenta y cinco años el Ilmo. Juan Bautista Carlos Greith, obispo de Saint-Gall.

Este Prelado era una de las glorias de la Suiza católica, en la que su muerte causó notable vacío. Promovido al episcopado en 1863, en condiciones difíciles, constantemente dió muestras durante su larga carrera de gran firmeza unida á un consumado tacto político en todas sus relaciones con los Gobiernos de su diócesis.

«Su ciencia y erudicion, dice el *Correo de Ginebra*, eran apreciadas no sólo en Suiza sí que tambien en Alemania, donde contaba muchos amigos. Teólogo é historiador distinguido, publicó varias obras importantes, entre otras, una *Historia de la Iglesia irlandesa* y otra *Historia de los místicos del siglo IV*, producciones que establecieron su reputacion.

«El Ilmo. Greith luchó hasta el fin en defensa de los derechos é intereses de la Religion; y aún no hace tres años que en el congreso de los católicos de Constanza pronunció un magnífico discurso protestando enérgicamente contra los esfuerzos del partido radical para separar la Suiza católica de Roma, centro de unidad. El año 1881 el Ilmo. Greith celebró el 50.º aniversario de su elevacion al sacerdocio, y confiaba que le estaban reservados largos años de vida. La dolencia que sufría desde algun tiempo le arrebató harto pronto á la Iglesia y á su país. Pero á lo menos este valeroso combatiente murió en la brecha: sus obras y sus ejemplos le sobrevivirán.»



Ilmo. GREITH, obispo de Saint-Gall (Suiza).

Senegambia (*Africa occidental*).—La valiente fanlanje que la católica Alsacia envió á las Misiones lejanas para predicar el Evangelio, ha perdido á otro de los suyos casi en la flor de la edad. El P. Speisser, de la Congregacion del Espíritu Santo, ha muerto en Ngazobil (Senegambia).

Durante el sitio de París dió muestras de su valor quedándose solo en la casa de Chevilly, cogida entre dos fuegos. Enviado despues de la guerra á las lejanas regiones de Africa, se entregó con ardimiento á los rudos cargos de su Mision. A él deben los colonos la perfeccion de la gramática wolofe.

Hace dos años que, atacado de la fiebre y con una afeccion de pecho, pasó á Alsacia; mas ardiendo en deseos de volver á su mision, decia:

—Quiero morir entre mis negros, y que me entierren en su país.

Dios escuchó su oracion. El cielo cuenta un santo sacerdote alsaciano más.

Méjico.—La *Revista católica*, periódico que se publica en Las Vegas, diócesis de Santa Fe (Nuevo-Méjico), publica el siguiente extracto de una carta del Ilmo. Salpointe, vicario apostólico del Arizona:

«Ayer recibí una carta de Culiacan, Estado de Sinaloa (Méjico), anunciándome la triste nueva de la muerte del Rdo. Pedro Bernal, arrebatado casi súbitamente por un accidente repentino. Este triste acontecimiento ha tenido lugar en la Noria, parroquia donde aquel misionero ejercia el santo ministerio hacia más de diez años.

«El Rdo. Pedro Bernal, originario de Nohanent, partió para las Misiones del Nuevo-Méjico en 1859, cuando apenas contaba diez y siete años. Despues de haber terminado sus estudios y hecho su curso de teología bajo la direccion del ilustrísimo Salpointe, á la sazón superior del seminario de Santa Fe, el reverendo sacerdote ejerció con éxito el ministerio apostólico en varias parroquias de la diócesis de Santa Fe. En 1871 dejó el Nuevo-Méjico para agregarse á la diócesis de Culiacan (Méjico), donde trabajó con celo y energía hasta el momento de su muerte, el 20 de abril de 1882.

«El P. Bernal tenia extraordinario talento para la predicacion. Nos consideramos dichosos dando á su memoria un justo tributo de alabanzas diciendo que en todas las parroquias del Nuevo-Méjico en que ejerció el sagrado ministerio, su nombre se conserva en veneracion como el de un sacerdote celoso, activo é infatigable.»

